

LAS MANZANAS, ABEL Y OTRAS COSAS

Cuentos y narraciones breves

Francisco Pérez Dolz

Sumario:

- I Las Manzanas
- II Abel. Biografía de un perro de lanas
- III El gallo filósofo (cuento de Navidad)
- IV Bosquejos provinciales
 - 1. El pianista ubicuo
 - 2. Comestibles ateos. Comestibles católicos
- V Tardes de oro
 - 1. Las violetas
 - 2. La niña y el jilguero
 - 3. El solitario
- VI Orégano
- VII En la explanada
 - 3. Escenario
 - 4. Desafíos
 - 5. Opera italiana
 - 6. Il cavaglière Mannetti
 - 7. Domingo de Ramos
 - 8. Sábado de Gloria
 - 9. El reo de muerte
- VIII El pirata

I.

Las Manzanas

Las conocí cuando la madre y las tres hijas llevaban luto por la muerte del padre, rico agricultor de La Rioja. Se llamó el pobre señor don Serapio Manzano, de donde parece que a la viuda y a las hijas les viniese el remoquete de *manzanas*, que, después de todo, no era sino la acomodación lógica y bien castiza del apellido paterno. Las vi por primera vez en una aldea cuyo nombre no hace al caso. Salían las cuatro del Oficio, muy puestas de manto largo.

Yo iba hacia la marina, de pesca. Mis recuerdos de este primer encuentro han sido siempre confusos. Sólo me acuerdo bien de que la más joven de las tres hermanas soltó la risa al verme y lo hizo con tal descomedimiento que las otras y su mamá la reprendieron con bastante viveza. La verdad es que no había motivo para reírse de mí, aun cuando ella misma trató, más tarde, de justificarse conmigo; según ella iba yo aquella mañana en guisa por demás extraña. Ya creo haber dicho que iba a pescar. Naturalmente que iba bien equipado, como era costumbre en mí. Llevaba conmigo todo lo necesario para este paciente y antiquísimo deporte que ha sido una de mis dos aficiones predilectas: la otra es la filatelia, que es ciencia y paciencia en la cual me precio de ser uno de los pocos mortales que poseemos la colección completa y aun me atrevo a asegurar que soy el único poseedor del sello de Salomón. A ver: ¿lo tiene alguno de ustedes? ¿A que no? Pues yo sí.

Pues bien: como iba yo a pescar, llevaba mi silla plegable a la espalda; mi sombrero de palma finamente trenzada a la cabeza; mi doble juego de cañas, auténticos bambúes, metido en su funda impermeable; mis dos cestas, una con las viandas para pasar entera la jornada y la otra que había de traer llena de peces a la noche; mi canastilla para el cebo; mi estuche de anzuelos noruegos; mi calabacita llena de buen vino de la tierra, aunque prudentemente mediada de agua litinada y, en fin, mi sombrilla de doble tiro, blanca por fuera y forrada por dentro de tela verde-azul. De este mismo color verde-azul llevaba calados los anteojos, especialmente fabricados para mí por cierta casa de Suiza que quiso comprarme la patente y yo se la regalé, lo que me valió el envío de una docena de gafas de aquel acertado color, cada par dentro de un estuche de material diferente, oro, marfil, carey, búfalo, platino y hasta tengo uno que sospecho es de piel humana, pero no me atrevería a asegurarlo. Pero a lo que íbamos. ¿Creen Uds. que había motivo suficiente para reírse de mí? Toda la jornada estuve malhumorado y no conseguí pescar gran cosa, fuera de un salmonete roquero de enorme tamaño que le regalé al Cabo de Mar.

En la tertulia de la rebotica supe a la noche de aquellas forasteras. Como mi mal humor no se había disipado todavía, no quise darme por enterado de nada. Del incidente de aquella mañana no se habló. Mejor.

La viuda de don Serapio Manzano se llamaba doña Tecla, como la mayor de sus hijas; la segunda, Rosa; la pequeña –la que osó reírse de mí en mis propias barbas– Etlvina. No tardé mucho tiempo en encontrármelas por todas partes: aunque el luto era reciente, comprendieron que en un pueblo de costumbres sencillas y nada gazmoñas era inútil el lujo cortesano de un duelo complicado con tanta toca negra y velos y mantones largos y sofocantes. Se acomodaron pronto a reducir tanta bambalina negra y todas se mostraron al poco tiempo con mejor aspecto de salud que el que trajeron.

Nunca me ocupé de averiguar la causa de haber venido, en pleno verano, a nuestra costa levantina. A veces, sin embargo pasé largas temporadas preguntándome cómo no se habían ido a San Sebastián, a Santander o a Biarritz, en donde sus espléndidos bienes de fortuna les hubiera deparado un buen hotelito junto a un mar fresco y elegante...

Mi amistad con ellas no se tardó mucho. De las hijas yo prefería sin duda a Rosa, por su color tan sano y por su carácter franco y risueño. Pero el brillo demasiado chillón de sus mejillas me llenaba de una invencible timidez. Y como además, no era Rosa la que se había reído de mí, sino Etelvina, después de unas explicaciones someras, le hice la corte. Al mes de “aquello” éramos novios. Al año nos casamos, casi sin darnos cuenta.

No diré cuales fueron mis sentimientos durante el viaje de novios. Todo el que haya hecho este viaje sabrá a qué atenerse. Sólo diré que sentía en mí como un remordimiento repentino haberme casado sin verdadero amor. Aunque de esto no estaba yo completamente seguro; y como Etelvina era linda en extremo, alegre y parecía estar muy ilusionada, esto hacía que yo me sintiera, si no el más feliz, contento, como un verdadero enamorado en el cuarto creciente de la melíflua luna.

Cuando después de comentar festivamente cualquier incidente del viaje miraba yo con intensa mirada a mi mujer, ella bajaba los párpados, escondiendo a mi vista aquellos ojos azules tan grandes y dulces, y sus mejillas se encendían de rubor, cosa que la embellecía aún más y venía a ser el justo complemento del matiz habitual de su carne. Pues no he dicho todavía que a aquel lindo rostro le faltaba un poquito de color. ¡Que lástima! En cuanto el rubor se retiraba y volvía a su corazón aquella sangre, se le quedaba la piel de un color ligeramente verdoso. Y no se crean que mi mujer vivía falta de salud; al contrario. Era un roble. O digamos una encina. He conocido pocas personas con tal salud. Pero era aquel su color natural. Cosa extraña; Doña tecla me aseguró que sus tres hijas habían tenido, de pequeñas, la piel enteramente verde, pero no estuvieron nunca enfermas. Otra cosa que tuvo mi ánimo inquieto durante todo el viaje fue el particular olor que exhalaba mi mujer; un olor campesino, saludable, fresco; un verdadero aroma, que al aspirarlo yo calladamente, cerrando los ojos, me daba una inexplicable emoción de ternura, de infancia, de verano y de sol... ¡Oh, qué bien olía mi mujer! Sí, pero ¿a qué?

En fin, señores, que llegamos a Madrid ya casi de noche y, como se podía fuimos a hospedarnos en el Ritz. Nos aseamos, cambiamos de ropa y salimos a la noche. Convidé a Etelvina, por hacer algo, a ir al teatro. La volvían loca las comedias de risa. Aceptó, dando saltitos de alegría y agarrándose a mi brazo con fuerza. Hasta creo que me besó a hurtadillas, pero no lo recuerdo bien. En la plaza de Castelar tomamos un coche. De pronto pensé que en pleno mes de agosto no había espectáculos en Madrid. El chófer, a quién consulté, me dijo que solo había varietés en Rosales y en el retiro, al aire libre. Pero mi mujer sintió tal desencanto que no quiso ir a uno ni a otro sitio de recreo. Entonces ordené al chófer que nos diese un paseo, despacio por lugares frescos y agradables. El coche, descubierto, era poco propicio a escarceos amorosos. Me abstuve de ellos y charlamos Etelvina y yo de mil cosas sin importancia, si bien teníamos los dos el pensamiento muy alejado de todas ellas. Más allá de la media noche nos retiramos a descansar. Yo había sentido frío dos o tres veces durante el paseo; un ligero estremecimiento, nada apenas. Pero al llegar al hotel y a nuestra habitación me dio la ocurrencia de aplicarme el termómetro. ¡38º! No dije nada a Etelvina por no alarmarla y en tantos seguíamos charlando me vestí con el traje de dormir sin mirar a mi costilla para darle valor y confianza. No me acuerdo bien, pero creo que hasta encendí un cigarrillo y me puse a hojear con displicencia bien estudiada una revista ilustrada. Oí el rumor que levantó mi mujer al acostarse. Al remover las sábanas volvió a llegarme el aroma aquel, tan suyo, que tanto me había preocupado durante el viaje. Con vocecita temblona me preguntó:- ¿No tienes sueño? –Ni pizca, contesté ¿y tú? –Una barbaridad.

¡Pobrecilla! Nos habíamos casado a las cinco de la madrugada. Se había levantado a las tres. ¡Un horror! Me levanté de un salto y llegando a la cama con el propósito de acostarme y dormir toda la noche de un tirón, vi a Etelvina que me miraba con sus grandes ojos muy abiertos y asustados. Tenía los brazos fuera del embozo; brazos muy hermosos y de un tinte ligeramente verdoso. De pronto me fijé en una mancha como una peca desmesurada que tenía en el hombro izquierdo. Advirtiéndolo ella cubrió la mancha con la mano, como un instintivo e inocente gesto de pudor. En efecto, si no llega a tapar con sus largos y graciosos dedos la peca, la hubiera yo cubierto con un beso. Tal vez con un beso apasionado. Pero no. Me llamó la atención, eso sí, la extraña expresión de su semblante en aquél momento. Parecía dos dedos de soltar el llanto y así fue, en efecto, pues con voz entrecortada y temblorosa me rogó que jamás le preguntase nada sobre aquel lunar de su hombro izquierdo.

Mis sentimientos sufrieron un cambio tan brusco como la vela de una barca al recibir de pronto el fuerte soplo del viento que salta al cuadrante. Emociones fuertes he sentido en mi vida de pescador de caña: sobre todas recuerdo aquella vez que creí ver translucir debajo del agua una cabeza de náufrago, la cual con la boca horriblemente abierta y ansiosa pretendía morder el cebo, la gamba fresca de mi anzuelo. Creí enloquecer y eso que siempre tuve la cabeza muy firme. ¡Pero aquella noche!...

Horas enteras me costó tranquilizar a la pobre Etelvina. Amanecía ya cuando conseguí que durmiera. En cuanto a mí tuve que consolarme pensando que tal vez “aquello” no era más que una niñería, acaso una superstición, a la que son dadas las personas de buen reajo, o dígame salud, para que los anticlásicos. Pasé no sé cuántas horas en una butaca haciendo las más dispares reflexiones, sin sueño, con fiebre. Aspiraba con intensa melancolía el perfume aquel que venía de la cama en donde mi mujer dormía tan plácidamente como si nada hubiera ocurrido. No dejé de pensar en la noche pasada y se me antojó la más atípica de toda mi vida.

Cuando menos lo esperaba, Etelvina, tirándome suavemente del pelo, me despertó, pues al fin me había quedado dormido. Ella andaba ya peinada y vestida y estaba hermosísima. Sobre una mesita había un servicio completo de desayuno para los dos. Debí de mirar a mi mujer con semblante muy cómico, porque se echó a reír de la misma manera que cuando me vio en guisa de pescador de caña. Al momento recordé la maldita peca de su hombro, pero no dije nada. Me bañé, me vestí. Desayunamos más alegremente de lo que hubiera podido esperarse, hablando por los codos, como suele decirse, de todo menos de “aquello”. Pero cuando yo pensé que había conseguido dominar por entero mi curiosidad, bruscamente abracé con todas mis fuerzas a Etelvina, de manera que ella debió de pensar que obraba a impulso de un arrebató pasional...-Loco, loco, ¿Qué haces?- chillaba mi mujer con voz alegre pero sofocada y profunda.

No sé que hice. El caso es que sus ropas blancas, tan finas y delicadas, cayeron cuerpo abajo hecho jirones y dejando al descubierto el hombro izquierdo donde la maldita peca ofrecía su tentación de besos. -¡No, no!, ¡me lo has jurado!- exclamaba ella. ¿Quién se acordaba de haber jurado nada? Arrastré a Etelvina hacia la ventana, buscando la luz viva, e impidiendo que su amo ocultase la mancha parda pude, al fin. Examinarla a mi sabor.

Si, señores; satisface mi curiosidad, pero no fue sino a costa de mi dicha futura. En confianza: ¿saben Uds. qué especie de peca, lunar o qué diantre de mancha tenía mi mujer en su hombro izquierdo? ¡Es cosa de que espanta el tener que decirlo! Prepárense Uds. a saberlo: era... ¡un mordisco!! Si, señores míos: un mordisco.

No una huella superficial, más o menos recientes, no. Un verdadero bocado, con evidente falta de carne en aquel lugar, con señal inequívoca de unos dientes que arrancaron violentamente del bocado y se lo llevaron. Una verdadera dentellada. Como Etelvina se había desmayado en mis brazos, pude examinar con todo detenimiento aquella señal nefanda. El color oscuro, que a la luz velada de la lámpara nocturna me hizo pensar en una peca, pude entonces verlo tal como era, de un color castaño, casi negro. Los bordes de la terrible huella estaban limpios. No había en ella la menor tumefacción ni cerco alguno que denotara ser reciente. La señal de los dientes era clarísima en la herida y el mordisco provenía de una dentadura perfecta y muy afilada. Una fácil asociación de ideas me hizo pensar en la señal que dejan los dientes al morder la pulpa carnosa de una fruta como la pera, el membrillo o la...

¡La Manzana!!

Apenas se insinuó en mi pensamiento ese nombre, tuve la revelación de muchas impresiones que hasta aquel momento se me habían presentado como lejanas y borrosas. Recuerdo mal lo que sucedió inmediatamente después de aquella clarividente revelación. Sé decir que aquel día lo pasé en cama, con altísima fiebre, de la que me daba cuenta en los escasos momentos de lucidez. Sé también que vi muchas caras desconocidas; que me hicieron tomas no sé qué potingues y sé que después de no sé cuanto tiempo me trajeron aquí, a éste hotel situado en plena campiña y no lejos del mar que siempre amé tanto, lugar en el cual, lentamente, se ha venido haciendo la luz en mi espíritu.

Ahora todo es claro y transparente, como ese cielo, ese mar, como la luz del sol. Todo se va ordenando en mi espíritu de la misma manera que yo ordené, con infinita paciencia aquella colección de sellos que por cierto, se me ha extraviado, y lo siento mucho. Una paz que no parece de este mundo me envuelve amorosamente. El trabajo no me pesa, no me abruman las hondas reflexiones y me es ligero y risueño el estudio, hasta el colmo de la dicha. Sé mucho, sí, porque he estudiado mucho. Y todo mi saber está contenido en estos montones de cuartillas que podéis ver en mis estantes. Lo máspreciado para mí es una voluminosa Memoria que no hace mucho envié a la Academia de Ciencias de Oslo. ¡Que si sé! Vaya si sé. Como que mi saber me ha costado el renunciar por entero a la felicidad!

Si, amigos míos, hermanos: ahora todo es claro. Doña Tecla y sus hijas pasarán conmigo a la posteridad, gozaremos de la eterna memoria de los hombres. Y no estaremos solos, no; nos acompañará y aun nos llevará de la mano aquel portentoso genio que inventó la Metagricultura y que para *in eternum* se llamará don Serapio Manzano y Aguirrebarreta.

No quiero causaros más fatiga. Sin perjuicio de remitiros a mi docta y nutrida Memoria -la cual se ha de publicar simultáneamente en todos los idiomas del globo, incluyendo las que llaman lenguas muertas aquellos que carecen de la sensibilidad para distinguir lo muerto de lo dormido- os diré con brevedad algo de lo que en ella expongo con acopio de ciencia.

Etelvina y sus hermanas nunca fueron seres humanos: fueron seres mixtos. Don Serapio, su padre había probado en ellas injertos de varios frutales. Ninguno le dio tan excelentes resultados como el manzano. ¡Era natural! La cosa tiene sus raíces nada menos que en el bíblico paraíso. ¡Y ya ha llovido!

En Teclita, el injerto había producido un exceso de vitalidad: a los veinte años se le empezó a poner la piel marchita, cubriéndosele de pelusa, como la manzana pocha. En rosa, el injerto -que había sido concienzudamente modificado- dio ya la madurez perfecta e inalterable, pero un poco escandalosa de puro roja y reluciente, casi insultante y todo.

Pero en Etelvina llegó el injerto a su más alto grado de perfección. Ella fue por fin el gran caso, el hallazgo soñado por el genial autor de sus días; algo sublime que no es ¡jay! para todos. Apenas nacidas sus hijas, don Serapio les aplicaba el injerto, con un esmero digno de

su genial y atrevido descubrimiento en la antepenúltima vértebra lumbar. Instantáneamente, sus hijitas caían en un sopor profundísimo, con escasa reacción febril. A los pocos días se ponían enteramente verdes en todo el cuerpecito. Cuando doña Tecla las lavaba y las enjugaba sin miedo de frotarlas demasiado, les quedaba la piel con un brillo de esmalte. Al llegar a la pubertad Etelvina, fue tal el asombro, la admiración de sí mismo que sintió su progenitor que por no ofender el natural sentimiento de pudor de su hija no la enseñaba desnuda a los amigos de su casa como quien enseña una maravilla de arte. Era la perfecta salud vegetal; una verdadera manzana joven, tentadora de los dientes, de la lengua, del paladar, al mismo tiempo que un deleite de los ojos.

Como ella se había acostumbrado desde pequeña a las largas contemplaciones paternas, tan minuciosas y tan rigurosamente científicas, no les daba ya ninguna importancia. Con frecuencia don Serapio se encerraba con su esposa y con Etelvina en su gabinete de estudio y hacía que ésta se pusiera desnudita en una plataforma que había hecho construir exprofeso y que tenía un fondo de terciopelo negro. Allí se pasaban las horas contemplándola, como los admiradores del arte hacen en el Louvre con la Venus de Milo. Doña Tecla se inquietaba un poco con tan largas contemplaciones y solía decirle a su marido, un tantico celosa: -Serapio, hijo, ya la has mirado bastante...

Pero el eminente sabio estaba seguro de la honestidad científica de sus contemplaciones. Después de cada una de éstas copiosas y sabrosas raciones de la vista, anotaba sus observaciones en un grueso cuaderno. Si alguna vez, en un arrebato de entusiasmo científico exclamaba ante sus amigos refiriéndose a Etelvina: -he aquí mi obra maestra-, esta frase era tomada como expresión naturalísimas de una efusión paternal.

Pero un día -día nefasto- el sabio quiso llevar sus observaciones más allá del límite de lo objetivo y de lo prudente y para averiguar si así como su hija tenía el color y el aroma de una manzana, tenía además el sabor; si así como la mujer-manzana parecía una verdadera hija de Eva, traía en su carne joven el sabor que tanto parece que le gustó al padre Adán, en un momento de locura extracientíficas mordió a Etelvina en su hombro izquierdo.

No dio la muchacha muestra alguna de dolor ni siquiera sintió más que un ligero tirón de su carne. Pero al ver el espanto reflejado en el semblante paterno, se acongojó mucho y lloró amargamente, sin saber porqué. Tragó don Serapio en mala hora el bocado y tuvo apenas tiempo de tomar nota en su cuaderno unas líneas por desgracia ilegibles y cayó como herido por la centella al pie de su alto pupitre. Y tan herido de muerte estaba el pobre señor que vivió sólo una semana, durante la cual la ciencia médica no acertó a reanimarlo. Un mártir más pero, ¡qué mártir! Como agricultor fue uno de los más entendidos y ya dije que dejó a su familia un gran caudal. Todo él lo hubiera invertido su viuda en cubrir aquella imborrable huella del hombro de su hija. Pero era inútil acudir a la ciencia después de muerto su marido, pues aunque dejó un historial completo de sus estudios y fórmulas de sus maravillosos injertos, ello no podía leerse sin tener la clave de su escritura. Ahora bien, señores: he aquí mi triunfo. ¡Yo he descubierto la famosa clave!

Pero si no fuera más que eso... He descubierto algo más, más todavía. Es una nueva manera de injerto, algo maravilloso. He aquí el objeto de mi Memoria: se trata de injertar un alma en los vegetales. Como Uds. comprenderán se trata de un procedimiento superior al de mi ilustre suegro. Así, provistos de un alma, los vegetales sienten. Sentir sin sentidos sería cosa imposible.

Así pues injerto en los vegetales los cinco sentidos corporales, los cuales producen en ellos los órganos correspondientes ya que "la función crea el órgano". Cuando nos comamos un melocotón o cuando vayamos a morder una cereza o a mondar una naranja, o cuando podemos un árbol, los vegetales nos verán, nos oirán... ¡Oh, triunfo insigne!

Me acuerdo con frecuencia de Etelvina, sobre todo cuando el cielo al atardecer en el verano se pone de ese tono de ópalo verde-azul lechoso, como era su carne... Es un color que recomiendo a todos los que, como yo, tengan la retina demasiado sensible.

Vivo feliz, en pleno ejercicio de la razón y espero que mis desvelos hallarán su premio en su día.

Y así lo firmo en esta residencia placentera de San Baudilio de Llobregat, a tantos de 19...

II. ABEL

Biografía de un perro de lanas

Cuando leí el relato de Turgueniev: “Mi perro Pegaso”, me ocurrió que, no siendo menos interesante la breve historia de mi perro Abel bien podría escribirla, cosa de la cual sentí repetidamente la tentación. Pero dejé transcurrir muchos años desde que se me ocurrió esto hasta el momento de realizarlo. Tantas veces tomaba la pluma con el intento de escribir esta historia, tantas otras abandonaba con desaliento la idea, exclamando para mí con desdén: - ¡Para qué!

Es que, en verdad, yo no sé para qué, ni porqué ni para quién se escriben estas y tantas otras cosas que en si mismas no tienen nada de extraordinarias y en las que el escritor, por lo común, suele poner más vanidad que otra cosa. Pero después de haber reflexionado mucho sobre el caso de mi perro Abel me decidí, al fin, a contaros su breve historia, animado con la esperanza de que entre mis posibles lectores alguno habrá que sienta interés por los perros, sino mucho por las historias de perros. De interesarse por los perros a amarlos hay poca distancia y no deseo para esta historia que voy a contaros mejor suerte que aquella de los perros que son estimados por las personas.

Bien sabéis que, sobre todo en los países de extranjerías, suele haber asociaciones protectoras de animales... si bien parece que los seres humanos no merezcan alcanzar tanto favor. El animal sin duda que necesita más esa protección puesto que no conoce bien el camino de Ginebra. El hombre puede maltratarlo impunemente. A pesar de todo ¡cuánto sofisma en torno de esa protección a los animales! No es cosa fácil de comprender cómo hay personas que dan a sus animales un amor que niegan a sus semejantes. Prodigan inútiles mimos a gatos y perros y no son capaces de tratar con amabilidad a los criados. El achaque es tan viejo que ya parece no tener remedio. Y como no lo vamos a remediar, pasemos adelante.

Mi perro *Abel* no fue precisamente un héroe, como lo han sido otros perro, merecedores de una lápida conmemorativa. No se que hiciera en su corta vida nada de particular, ningún bien señalado, tanto como para merecer algo así como la cruz de Beneficencia. Tampoco sé que hiciera ningún mal a nadie; lo creí siempre incapaz de ello. Era pacífico, bueno, cariñoso sin hipocresía, manso como un cordero del que parecía tener la rizosa y sedosa lana. Hasta llegué a sospechar que era cobarde y tonto, o mejor, para no ofender su memoria, tímido.

Yo no sé si los animales y si teniéndola podrá gozar de inmortalidad. Nadie sabe esto. Pero si los animales tienen alma inmortal, espero que la de mi perro *Abel* venga, en el Día eterno a lamerme las manos y a saltar en torno mío, alegremente, reconociendo a su amigo al cabo de tantos años. ¿Qué razón hay para que esto no sea así como yo lo deseo de todo corazón?

Pues, señor...

En un pueblecito costero del Mar Latino, el cual pueblecito conserva un airoso campanario barroco, siendo a la sazón mi Padrino alcalde mayor -y ¡qué buen alcalde fue!- hubo necesidad de colocar precisamente como remate de dicha torre, una estatua que quería presentar al precursor. Su báculo rematado en cruz, serviría de veleta. La empresa era difícil y la escultura, de madera chapeada de plancha de plomo, pesaba tanto que no sabían como izarla allá arriba. Parecía necesario armar un costoso andamiaje... La estatua en tanto, esperaba provisionalmente unida a piezas de que constaba, en la sala de sesiones del Concejo.

En esto llegó al pueblo una familia de titiriteros franceses. El jefe de ella era, entre otras cosas, escala-torres. Mi padrino tuvo la feliz idea de arreglar con el escala-torres el asunto: él sería el que montase la estatua allá arriba, en lo alto del chapitel de esmaltadas tejas. Hízolo el hombre, él sólo y lo hizo bien, por cierto. Debió de pagárselo el concejo razonablemente por cuanto le regaló a mi Padrino un perro que era uno de los más admirables individuos de lar: Abel. Por aquellos días todo el pueblo había admirado las habilidades del perro; a la voz de mando y sin vacilar un momento, ejecutaba cuanto le habían enseñado: el centinela, el muerto el borracho; saltaba por dentro de los brazos unidos en aro de su patrón, bailaba dando vuelta sobre sus patitas traseras, daba saltos mortales y, en fin: era un consumado artista de circo.

Yo no sé porque a mi padrino le gustó más que el perro artista una perra que en uno de sus viajes vio en casa. Una perrita canela, flacucha y bastante incivil, de la casta de los canes que nunca aprenden a ladrar con cierta medida ni saben hacer nada más que guardar la ropa de los labradores en tanto ellos están en sus faenas. Tan seca y llena de tendones estaba que la llamaron Lira. Y nos quiso cambiar por ella nada menos que a Abel. A los pocos días el recadero nos trajo al perro y llevóse la perra y nos entregó además una carta del padrino en la cual, con sus ironías habituales, nos daba informes del perro en un estilo entre de partida de nacimiento y hoja de servicios del animalito: su nombre, Abel, hijo de padres franceses aunque desconocidos, nacido en los alrededores de Perpiñan; se educó con una *troupe* de saltimbanquis y tenía tales y cuales habilidades; no se le conocían vicios mayores ni tenía antecedentes penales; tampoco se le habían visto inclinaciones amorosas...

El recadero debió de traerlo a pie, atado al eje del carro, porque el pobre animal llegó aspeado, fatigadísimo y sucio de cazcarrias de fango de la carretera. Y muerto de hambre. Tuvimos buen cuidado de lavarlo, secarlo y peinarle sus largas y rizosas lanas y de envolverlo en una manta antes de darle de comer. Se dejó hacer, mansamente, tan pulcra *toilette*. Y comió con buen apetito y con cierta finura de perro inteligente y bien criado. Su mirada, su encogimiento y temblor nos parecían signos de docilidad; tal vez se había educado a latigazos porque evidentemente, era medroso, aunque no le dábamos motivos de serlo. Había en casa un látigo y se lo enseñamos por si fuese menester usarlo; pero al tiempo de enseñárselo no dejábamos de acariciarlo y pronto se persuadió de que no le íbamos a hacer daño alguno. A los pocos días nos quería y nosotros a él; nunca tuvimos necesidad de emplear con el dulce can la menor violencia.

El por su parte fue siempre obediente, cariñoso, sumiso y pronto a complacernos en aquello de lucir su arte de perro de circo, sin vanidad ni servilismo. Jamás se hacía repetir una orden, pero verdad es que nosotros no abusábamos de nuestra autoridad y si él reflexionaba, comprendería que su pasado de servidumbre habría de ser compensado con un presente y un futuro de buena vida y perfecta libertad.

A pesar de la puerta abierta, nunca salía de casa y prefería andar por dentro de ella, subir, bajar descansar de sus largas fatigas de titiritero trashumante al amor de su nuevo hogar. Pero si le convidábamos a salir, era de ver su alegría demostrada en saltos, en carreras y monadas, en ladridos de gozo. Ya en la calle, emprendía una fuga loca y a distancia se escondía, haciéndose el perdido y como le buscásemos, salía de detrás de nosotros como riéndose y burlándose de que le creyéramos perdido. Pasado el gusto de embromarnos, marchaba a nuestro paso, algo adelantado y volviendo de vez en vez la cabeza, mirándonos con el rabillo del ojo para comprobar si adivinaba o no el camino que llevábamos aquel día.

No era pendenciero ni amigo de andar a perras, como tantos de sus vecinos, perdularios apegados a las viejas tradiciones perrunas. Si por el camino le salía al paso algún can, se paraba en seco, irguiendo las orejas y dejando en alto una patita, como en ademán tímido de saludar a un superior. Este por creer serlo en efecto, solía dárselo a entender así a Abel con

un gruñido de ordenanza, como pidiéndole el, santo y seña y pasaba de largo. Abel volvía a nuestro lado, daba un saltito, una carrerita y recomenzaba su paso rítmico como si quisiera decirnos: -no ha pasado nada. Si ha de haber pendencia no será por mí-.

Si el can era del sexo que llamamos contrario, no sin cierta ironía, entonces Abel se atrevía un poco más a meterse en averiguaciones de orden olfativo, sin duda indiscretas, pero bien se echaba de ver que sólo lo hacía por seguir una tradición inmemorial de la casta canina, sin darle importancia al fruto de sus averiguaciones: Y también nos miraba luego como pidiéndonos perdón de aquella galantería obligada. Tal vez en el fondo de su alma francesa susurraban airecillos de madrigal florido y tierno, vagos ensueños de un agosto abstracto... quien sabe si las desteñidas memorias de una desventurada aventura entristecían su ánimo... o acaso, y esto es lo más probable, era en cuestión de amor lo que Schopenhauer y otros filósofos feos, pues en verdad que mi pobre Abel no tenía nada de hermoso; y aunque no sé hasta qué punto las señoritas perras se paran a considerar la hermosura *varonil*, era evidente que él, desgarbado y un poco cínico en nada se parecía a Adonis ni a don Juan. ¡Lástima de mi humana torpeza para discernir de los pensamientos caninos nos prive a todos de conocer los de Abel, ya que siempre le tuve por un ser reflexivo, inteligente y sobrio! ¡Lástima también, que los canes no acierten a manifestar con suficiente claridad lo que piensan, o si piensan siquiera!

Pues amigos, como voy diciendo, Abel gustaba mucho de que se le convidas a dar un paseo. Con mi padre salía, cada mañana en media hora que entonces se concedía al almuerzo de los menstrales; un ratito de tertulia en la rebotica de tío Armengol. Nada: políticas, sucesos, habilidades de cosas baladías. A las nueve de la mañana- el perro parecía entender de relojes- salía mi padre y el perro con él; llevaban siempre la misma ruta: calle de Vera, la Pescadería, callejón de la cárcel, calle de “enmedio”, Colón. El can se aprendió desde luego el fácil camino y caminaba sin mirar atrás. Los primeros días de su asistencia a la tertulia de la rebotica hubo de demostrar sus habilidades de acróbata y de *clown*. Pronto se le consideró como un contertulio más y él se echaba, quieto como una esfinge egipcia, en medio del corro, escuchando el ir y venir de las opiniones, jamás acordes, sobre tantos temas del momento ¡Ah, si él hubiese podido expresar las suyas!

He aquí que tuve que ausentarme. Madrid. Los estudios. El alejamiento de la familia y del hogar durante ocho o nueve largos meses...

Recibía noticias de Abel; las pedía yo también si no me las daban ¿Qué noticias de interés –diréis- se puede dar de un perro ausente? Pues vaya si lo eran. Abel comprendía sin duda, que su amito estaba lejos. En los primeros días de mi ausencia no cesaba de buscarme por toda la casa, aullando lastimero y triste. Se pasaba largas horas a los pies de mi cama, en mi cuarto vacío, consolándose así de no verme. Si me nombraban, erguía las orejas, excitado, dispuesto a correr a mi encuentro. Si le preguntaban por mí, nombrándome, corría en un momento la casa entera, de abajo arriba, volviendo mustio y lloroso de no encontrarme por ninguna parte. Y sólo con referirme esto en las cartas yo entendía que era como enviarme recuerdos de mi can, el cual de ningún otro modo hubiera podido enviármelos.

Terminadas las tareas escolares y los pavorosos exámenes me apresuré a regresar a casa. Volvía con el contento de haber vencido el curso y con la esperanza del asueto feliz de la vacaciones en el campo y en la playa. Debía llegar el trena media mañana. La familia aguardaba en la estación, a esa hora p, la llegada del expreso. Abel no podía faltar. Parecía adivinar mi proximidad tal estuvo toda la mañana de inquieto, de saltarín y juguetero, dando ladridos de alegría. A todos los vi cuando el tren entraba en agujas y a distancia nos saludábamos. *Abel*, que no fue nunca atado, corría a mi encuentro sin ninguna experiencia de lo que es una locomotora.

De repente, cuando ya el expreso paraba y yo tomaba en las manos mi equipaje, oí unos aullidos que me helaron la sangre. Es *Abel*, pensé. Y apenas lo hube pensado cuando escuché gritos en el andén, voces confusas. Me asomé a la ventanilla temiendo lo que en efecto había ocurrido. Unos hombres del servicio ferroviario sacaron a mi pobre perro de debajo de la locomotora. Me explicaron más tarde como el infeliz animal, contento, como conociendo que yo llegaba, se puso a saltar delante de la máquina, la cual, ya casi a punto de parar, lo arrolló. Los hombres que le sacaron de entre las ruedas le suspendieron un instante en alto para ir a echarlo fuera de la valla de la estación. Entonces pude verlo, sangrante y mustio, como un despojo sangriento e informe de matadero. Ni un quejido; nada. Un silencio de muerte.

Pasamos aquel día de estío en el campo, festejando mi regreso triunfal. Pero la fiesta familiar fue más bien triste y lánguida; nadie tuvo apetito ni aquél buen humor que todos nos habíamos prometido. La conversación recaía con insistencia involuntaria sobre *Abel*, el can infeliz, muerto por el tren que le traía su contento. Llegada la noche, regresamos a casa.

Al llegar a la puerta, a la escasa luz del farol de gas vimos en el umbral piedras sobre un charco de sangre. Nos dijo una vecina que estuvo allí *Abel* y que unos chiquillos le arrojaron piedras. ¡El perro había sobrevivido al atropello, tal vez vivía aún! Era preciso salir a buscarlo. Pero ¿cómo, a aquella hora?

A la luz de una cerilla pudo ver mi padre que aquella sangre dejó rastro, pero no era posible seguirlo. A pesar de todo se decidió a indagar, en la noche, angustiosamente. Al cabo de dos horas volvió mi padre a casa sin haber podido averiguar nada. Nadie durmió en sosiego, y recuerdo que en el duermevela de la madrugada y en medio de sudores de angustia me parecía oír una voz emocionada que andaba preguntando por todas partes: ¿han visto por casualidad pasar por aquí un perro se lanas, herido...?

A la mañana siguiente vino mi madre a despertarme; traía noticias confusas del perro, pero noticias al fin. En el fielato le vieron pasar, arrastrando la pata seccionada, colgándole de la piel. Uno de los consumidores, compasivo le quitó aquel estorbo con la aguja de pincha los fardos. Imaginé que el can se lo agradecía con un dulce mirar que yo conocía bien. Según dijeron se internó el triste animal, cojeando en la ciudad. Por su parte mi padre reanudó a la mañana temprano su angustiada búsqueda. Siguió el rastro de sangre, el cual le llevó por la ruta acostumbrada de todas las mañanas; pero nadie le pudo dar noticias seguras del desgraciado *Abel*. A media mañana apareció a la puerta de casa, arrastrándose penosamente. Renováronse con esto nuevamente los llantos de las mujeres y todos halagamos con nuestras caricias al animal herido. Mis hermanas lo tomaron en brazos, le pusieron en la herida paños limpios y lo depositaron en una espuerta mediada de serrín oloroso y aún lo cubrieron con una manta, como el día en que nos lo trajo el recadero. *Abel* nos miraba a todos con dulce mirar, como si llorase de cariño y de dolor. No quiso comer, ni probó el agua. Bien se comprendía entonces su pensamiento: sólo quería morir a nuestro lado.

Fue llamado al albéitar, que examinó la herida.

Abel miró al desconocido con ojos tristísimos y se dejó hacer, sin exhalar una queja. No había remedio para él. Tenía partida una de las patas traseras por tan arriba que para hacerle el muñón habría que cortar más... Un horror. Además y eso era lo peor, la herida estaba infectada; necesaria y desgraciadamente era mortal. Tal vez la ciencia veterinaria ha progresado mucho de entonces acá y hoy se hubiera salvado el perro. Entonces no fue posible hacer nada por él.

Bien sabía el pobre can que aquello no tenía remedio. ¿Quién mejor podía saberlo si se sentía morir? Crispábame de pensar en el dolor continuado de mi *Abel* durante aquellas horas, para él tristísimas en que nos estuvo buscando sin dar con nosotros. Y ahora, en la espuerta donde

se moría, suspiraba, lloraba un poquito y después cerraba los ojos, conteniendo el dolor acerbo como un estoico.

Le dábamos su nombre, con cariño: *-Abel..., Abel...*

Y el can oscilaba su exiguo rabito mutilado y elevaba hasta nosotros la mirada más dulce y lastimera que en mi vida he visto.

Pocas horas después comenzó a sentir un temblor de fiebre y de agonía. Era preciso pensar en el padecimiento del infeliz animal.

-¿No puede evitarse que sufra? - preguntaba mi padre al albéitar.

-No es posible hacer nada. Se gangrena la herida. Lo mejor es matarlo

-Pero...- insistía mi padre- ¿no hay nada, nada para...?

-Es inútil. Se muere sufriendo horrores. Créame: lo más piadoso es matarlo.

Y lo decía allí mismo y a mí me pareció que el pobre *Abel* se enteraba de la terrible sentencia del albéitar.

Nos retiramos todos en silencio. Buscó mi padre entre los oficiales del taller uno que quisiera ejecutar aquella extraña obra de piedad. Dudaron los mozos. Al fin se adelantó uno de ellos, empuño una gruesa estaca y desapareció hacia donde agonizaba el perro... Oímos un golpe seco... Otro... Y el oficial volvió a pasar con la estaca en la mano, un poco pálido...

Quise ver a mi *Abel* por última vez antes de que se lo llevaran par enterrarlo. El animalito tenía todo el aspecto de estar tranquilamente dormido, acurrucado en la espuerta sobre su blando y oloroso lecho de serrín. Tenía magullada la frente y por entre sus dientes menudos y blancos asomaban la punta de su lengua rosada, muda ya para siempre...

No sé más de él. Acaso no sepa nunca. Pero me consuela imaginármelo en su gloria, libertado de hambres y penalidades, lucir sus monerías por el placer puro de recrearse en ser artista; dulce, pacífico, abnegado, dando a sus congéneres lecciones sabrosas de tolerancia, de mansedumbre y de bondad; suprema sabiduría.

Toledo, 1921

III. EL GALLO FILOSOFO

Cuento de Navidad

Érase que se eran un par de gallos, metidos en una jaula de madera y puestos en un balcón sito en cierta casa, de cierta calle y de cierta ciudad que no es necesario decir. Su vida era metódica y sencilla como pocas: a la mañana una mano cuidadosa les dejaba en el comedero una cazuela llena de comida caliente y sabrosa; les limpiaba el tarro del agua y se la ponía fresca y cristalina; descubría la jaula de la manta que durante la noche les resguardaba de fríos y relentes... Los dos gallos, sin aguardar que la mano diligente desapareciese, comían con excelente apetito y bebían después con deleitosa parsimonia; más tarde, tras de un aleteo convulso, henchían sus arrogantes pechugas y cantaban desgañitándose. Después de esto, sin observar el orden empleado por las personas de gustos refinados, aseaban su cuerpo con gran detenimiento e insistencia, sepultando el duro pico entre la blandura de su plumaje y sacudiéndose nerviosamente, lo que les dejaba las plumas ahuecadas como piña que se abre al sol de agosto. Si estaba el tiempo bueno y el compadre Febo lucía en el firmamento, eran de ver las vueltas que los gallos daban para calentarse por todas partes. Los ojos, redondos, dorados, desafiaban siempre abiertos los resplandores de aquel otro ojo abierto en el azul. Encendíase el rojo de sus crestas con la lumbre solar y ¡entonces sí que enviaban lejos su qui-qui-ri-qui jubiloso y altivo! Más tarde descabezaban un sueñecito; después más comer y más cantar y vuelta asearse las plumas como si acariciasen la idea de de deslumbrar con su garbo y galanura a tal insospechada gallina que por arte de magia, cayese por allí. Por fin el sol se ponía y perdida la esperanza del soñado galanteo, subíanse de un brinco al travesaño, dispuestos a dormir de un tirón, al menos hasta media noche, hora de dar el renovado ¡alerta! -esa alerta de los gallos que despierta añoranzas de aldea a los poetas de la corte e ideas culinarias a los gastrónomos de aldea

Esta era su vida. No se lo reprochamos ya que no se les había enseñado a hacer otra.

-Pero ¿es esto vida? ¿Es así toda la vida?

Esto pensaba el gallo negro, menos glotón y remilgado que su compañero de jaula y un sí es sí no es filósofo, a su modo, que no era un modo muy alejado del corriente, ya que llegó a la filosofía por el camino del mal humor. El otro gallo, un animal de plumas de oro, lustrosas y huecas, era sin duda incapaz de filosofar y ello hacía que comiera por dos y cantase por cuatro. Protestaba contra todo en su cacofónica lengua y daba muestras de ofenderse por la menor cosa, máxime si consideraba las estrecheces de su encierro. ¡Encerrado él, que sentía en su sangre el orgullo de una raza levantina invencible! ¡El, que venía en línea recta del mismísimo gallo de la Pasión! ¡Tenerle encerrado entre cuatro barrotes viejos, expuesto a las miradas fisgonas de las vecinas, entrometidas y curiosas! Era como par escaparse..., si se podía; y no dejó de intentarlo alguna vez, cuando aquella mano madrugadora acudía a limpiarles la jaula y a llevarles el... maíz suyo de cada día. Pero siempre fue en vano, que una astucia superior a la suya le devolvía al punto a su encierro exiguo, advirtiéndole de paso cuan inútil era su atrevimiento con un pescozón. ¡Vierais allí entonces al gallo orado rebullirse en la jaula y cloquear furibundo, con los ojos llameantes por los que escapaba su orgullo herido y con él el orgullo de no se cuantos millones de generaciones! En su lengua devolvía la ofensa con airadas frases y luego, sacudiéndose las plumas para ahuyentar de ellas el contacto de aquellas manos plebeyas, cantaba hasta desgañitarse.

Y comía. Comía con afán, esperando hacerse más fuerte y grande par vencer un día a aquellas manos tiranas y volar como un águila por cima de los tejados más altos, hasta el campo y llegar a ser allí el señor y dueño absoluto de cien gallinas por lo menos. ¡Un sultán!

Trataba con visible desdén al gallo negro, el cual nunca se quejaba de nada y engullía lo que le dejaba su compañero de cautiverio y aun se resignaba a dormir arrinconado y cohibido, con un ala incrustada en los barrotes de la jaula, por no molestar al orgulloso. Una positiva virtud de la filosofía es la humildad. Otra, no menos positiva, el silencio. ¿No habla la razón cuando le viene en gana sin ser oída?

-¡Que indomable orgullo!- pensaba por su cresta pálida el gallo negro. El en cambio, lo sufría todo con modestia, fiado en la superioridad de su caletre, gustando de alimentarse de filosofía propia, de lo cual resultaban algunas máximas que guardaba en la memoria desdeñando escribirlas. Su plumaje de un negro descolorido, como las levitas de los filósofos románticos y su cresta pálida y mustia, bien que las claras revelaban los amargores de su pensamiento. Bien comprendía él que la vida no podía ser aquello; la vida, entrevista no más en la granja maternal, allá por sus días infantiles, cuando corría en pos de la clueca, su ama de cría, era otra cosa; era un vivir confiado en el acaso benigno; un vivir libre, alegre, respirando aire puro y saturado de aromas ecológicos... Recordaba que entre sus compañeros de *colegio* -el colegio de los polluelos es el cobijo caliente de la clueca- había hembras; tenía buen recuerdo de aquellas gallinitas tan despiertas y lindas que dejó en la granja, cuando una mañana de octubre le agarraron y lo metieron a empujones en un cesto con otros pollos y lo llevaron lejos de allí.

Pero... ¡que se le daba a él de las gallinas! Los filósofos que se estiman deben ser célibes. Cuando otras manos lo sacaron del cesto y poco después lo metieron en aquella jaula, ya comenzaba a sentir en su mente el cosquilleo filosófico, el cual iba siendo más tentador cada día transcurrido en cautiverio y soledad.

Cantaba poco y sólo por distracción, pues no le parecía digno de él hacerse notar y solía escuchar los cánticos de los invisibles gallos de la ciudad, haciendo curiosas observaciones. Por el tono de la voz, por la duración de la melodía, llegó a comprender la distinta edad de los gallos y la distancia a que se hallaban de él. La noche del día en que hizo tal descubrimiento no pudo dormir, de puro satisfecho del fruto de su caletre.

Digámoslo de una vez. La filosofía de nuestro gallo no era cosa mayor. No pasaba de ser un conjunto más o menos heterogéneo de reflexiones morales, lo que después de todo no es tan poca cosa para tratarse de un gallo. Lo más gordo de su tesis filosófica era esto: no creía en Dios. Se lo decía a sí mismo con una frialdad que hubiera causado espanto en un alma creyente. No creía en Dios pero tampoco maldecía de él, lo que es de recomendar a los incrédulos que a la vez, son blasfemos y blasfemando afirman aquello que tienen tanto empeño en negar. Lo más notable es que había extraído su filosofía no de las lecturas, cosa imposible allí, en aquella jaula sino de la jaula misma; es decir: de su encierro. Todo lo debía a sus propias reflexiones. En fin, hela aquí, en pocas palabras: sólo la materia existe, sólo ella es verdad y ella sola es Verdad; materia son los alimentos y materia crían; materia es la madera de los barrotes y tablas de la jaula.; materia es el agua, el aire, el sol; materia aquella manos tiranas que le alimentaban vaya Ud. a saber con que bajos y ruines instintos. Materia todo lo que se ve y lo que no; y hasta el mismo pensamiento es material puesto que sin mollera, llamada *materia gris*, no es posible pensar; todo materia. Después de esta mísera vida no hay nada; el más allá es una camama, así, clarito; un engaño, una especie de anzuelo para pescar almas. ¿Y el alma? El alma es también materia, aunque sutilísima y etérea, pero el éter es materia asimismo, la más impalpable de todas, imagen del pensamiento. El cual no es menos materia ya que no existe fuera de los sesos, sean de hombre, de gallo, de piojillo o de lo que fuera. El amor... el amor era una de las mayores falacias de la señora Naturaleza, el más indigno y pérfido de los anzuelos. Su compañero de encierro era, no había más que verlo, un arquetipo de varón de amor, un pobre engañado del instinto que vivía con la ilusión

de ser, algún día, el sultán de un nutrido gallinero. Bueno; para él las estúpidas y presumidas gallinas. ¡Puach, que asco!

Si el bien y el mal son cosas positivas no era más que porque lo que dan de sí es también positivo; pero hay que hacer el bien, por el bien mismo y no por la esperanza interesada del premio ni por el temor del castigo. Por consecuencia el bien y el mal son, evidentemente materiales y más el bien que el mal, porque éste destruye la materia y acabaría con ella en tanto que el bien la afirma, ayuda a su conservación y la mantiene y perpetúa. He aquí la razón por la cual hay que hacer el bien y oponerse al mal con todas las fuerzas materiales de que podemos servirnos. Su escaso apetito era mantenido por esta idea: comer era, al fin un obligado tributo a la materia. Reproducirse también, sólo que él se creía relevado de la obligación de ayudar a sus congéneres en aquel menester, porque para algo había abrazado la filosofía.

El hábito de echarlo todo a reflexiones le había dado aquellos modales parsimoniosos y modestos que no dejaban de prestarle buenos servicios con su orgulloso compañero; claro que su pobre cresta no tenía la culpa de nada y el gallo de oro parecía pensar lo contrario. Pero ¿qué se le iba a hacer? Aquel animal, que lo era en toda la extensión de la palabra, no podía manifestar su pensamiento de otra manera, y era necesario tomarlo con paciencia. ¿Qué sabía él? Pero el caso es que nuestro gallo filósofo no engordaba ni mejoraba su decaída salud. Comía lo estrictamente necesario para ir tirando.

Una fría mañana de diciembre, las manos del ama se llevaron al gallo de oro.

-¡Cómo- se dijo el gallo negro. -¿Le dan la libertad a ése antes que a mí? ¡No hay derecho! Porque ese animal estaba aquí contento, después de todo. Comía bien, dormía como un ceporro y ha engordado cochinemente. En cambio yo... Pero ¡que se va a esperar de la estúpida del ama!-

No tardó gran cosa en ser devuelto a la jaula el orgulloso gallo de oro. Al ser de nuevo encerrado en ella, con gran extrañeza de filósofo, su compañero le dio cuenta de lo que había ocurrido.

-¿No sabes, esmirriado? El ama me ha sacado de paseo. Si, hombre, uno se ahoga en este cuchitril.

-Y ¿a dónde te ha llevado, si no es indiscreción?

-Pues verás: primero nos hemos detenido un momento en la portería y por cierto que la señora portera me ha dado un sobo regular. Bien me ha palpado la muy fresca. Otras vecinas, que estaban allí de cotilleo, han hecho otro tanto, así que traigo las carnes que no sé si son más. Pero no deja de ser un gusto le acaricien a uno manos de mujer. Después me ha llevado a la tienda de la esquina; más mujeres y más sobos; una celebraba mi pechuga, otra insistía en mis muslos... una desvergüenza; por fin el señor Agapito, o sea el tendero, me ha tomado en brazos, me ha atado las patas con un bramante y me ha columpiado un momento en un columpio de oro. Sólo nos hemos columpiado a la vez yo y unos pedazos de hierro negros. El señor Agapito le ha dicho al ama que hago tres kilos.

-¿Tu sabes que es eso?

-Yo ¡que voy a saber!

-Pues eso ha dicho y el ama se ha puesto muy contenta. De la tienda hemos venido otra vez aquí. Yo creo que esta tarde volveremos a salir de paseo y que iremos más lejos. No te creas; me gustará conocer esta población.

Y con esto aun fue mayor el engreimiento del gallo de oro.

Al anochecer oyeron nuestros gallos algazara, cánticos y sonar de panderetas en la calle. Los muchachos de la vecindad se divertían de lo lino. ¿Qué sería aquello? ¡Vaya Ud. a saber! Cosas de chicos. Las manos del ama tomaron otra vez al gallo de oro.

-¿Lo ves? Vamos a dar otro paseíto y de noche que es cosa que me encanta. Ya te contaré esmirriado.

Quedóse el gallo negro convencido de que la desigualdad es cosa fundamental en este pícaro mundo. De pronto, cuando menos podía esperarlo, oyó un grito de espanto. Era la voz de su compañero

-¡Socorro amigo, me maltratan!

-(¡Hola, hola! ¿Esas tenemos? Pues no estabas tú tan contento con tus esperanzas de libertad?)

-Favor, compañero, me sujetan las patas con fuerza

-(Ya. Es decir todo lo contrario de la Libertad)

-¡ayuda hermano! ¡Me pisan las alas!

-¿Quién?

-¿El ama!

-(El ama... es increíble... ella... ¡tan solícita!)

-Hermano, hermanito... En las manos del ama veo una cosa que reluce...

-(¿Que será?)

-Hermanito bueno, ¡ven, vuela! ¡Me arrancan las plumas del cuello! ¡Ven, que me pelan vivo!

-(Sí, sí. Como si cantaras. La puerta está cerrada)

Oyó después el filósofo un cloqueo siniestro... y nada más. Silencio, oscuridad, miedo... ¡Cuántas voces conocidas dejó de oír el gallo negro aquella noche!

Desde muy temprano comenzaron a oírse en la casa voces de chicos y de grandes.; voces que desconocía el filósofo. ¡Que estúpida alegría! El no había pegado ojo en toda la noche. ¿Cómo dormir? Presentía lo que le había ocurrido a su orgulloso compañero. He aquí, se decía; los halagos, los mimos y sobos de la gente. Te estaban comiendo con la imaginación. ¡Triste sino el de las aves de corral!

Al ocurrírsele esta frase le dio un calofrío, mitad de miedo, mitad de fruición filosófica. Una voz dijo:

-¡Todo el mundo a la mesa!

El pobre gallo se decía -¿pero a que viene tanta bulla hoy en casa?

Más voces, arrastrar de sillas, chocar de vasos y de platos; tintineo de cucharas y tenedores. El filósofo pensó en su compañero y ya no dudaba del fin que tuvo la soberbia. Se lo iban a comer aquellas gentes.

-Tiíta, a mí un muslo ¿sí?

-No me des alón, tiíta que no me gusta

-Hay que comer de todo...

-¡Que rica es la pechuga!

... ..

-¿No convidamos al gallito negro?

-Ven, le echaremos algo.

Llegáronse a la jaula dos niños: Uno de ellos llevaba en la mano una cosa que...

-¿Qué era aquello?- Se la echaron a los pies al filósofo. Era... ¡la cresta del gallo de oro!

-Sí, la cresta de mi camarada. ¡Qué concesión, para vengar en ella todas las ofensas recibidas! ¡Ah, precioso niño rubio!, ¿de que te ríes? ¿Piensas acaso que soy capaz de devorar esto? Si, vete, vete desilusionado; no lo tocaré. Pues... ¡que pensabas...! Y tú, gallo fanfarrón, ¿en donde estás ahora? ¡Si pudieras ver el fin que has tenido...! Pero no lo ves; no puedes verlo, porque sin duda uno de esos niños tan monos habrá roído tu cabeza llena de humos y de orgullo, sobre la cual se empinaba esta cresta, penacho de tu vana soberbia ayer y hoy despojo repugnante. Ya ves como sé respetar la desgracia. Lo que fue objeto de tu vanidad ha sido arrojado a mis pies. No, no temas que le hínque el diente, o sea el pico... He aquí que los hechos empiezan a reconocer la verdad de mi sabiduría. El gallo de oro vivió como un rey y murió como un esclavo. Yo viví esclavo y moriré como un... Pero ¿qué iba yo a decir...? ¿Qué más da morir de un modo u otro...? ¿Qué es esto...? ¿Qué sombra de duda es ésta que se me viene a hora a las mientes...? ¿Habrá Dios...? ¡Hum...! ¡Mira que si después de todo resultara que sí...que hay eso!

Otra vez el día. El nombre de dios no se ha apartado en toda la noche de debajo de mi cresta... Y esta es otra, ya que la negruzca que tengo a mis pies parece decirme que sí, que hay dios... Pues, cómo es que yo tenía antes seguridad de su inexistencia? Y ahora... ¿me habrá engañado mi filosofía? Pues parece que sí, que dios existe. Mi conciencia despierta de su engañoso letargo. ¡Oh, suprema revelación! ¡Es preciso vivir y dar expansión entre los de mi especie a la buena nueva! Seré su salvador, ¡eso! Dedicaré mi vida a la enseñanza de la fe. Es preciso comer, comer mucho para hacerse fuerte y cobrar energías. Es preciso salir de aquí, volar, correr el mundo con la verdad en el pico. Tengo ya formulado mi plan: al menor descuido del ama, vuelo, me escapo... Me voy a hacer famoso. ¡Vedle, dirán, es nuestro libertador! ¡Animo, gallo negro! Come mucho desde hoy que hay que volar por encima de los tejados de la ciudad, hasta el campo libre...

Esto marcha, amigo; que músculos, ¡que energía siento en la cresta! Las pobrecillas gallinas me van a amar con ternura... Psé... Habrá que ser complaciente con ellas...

Pues no sólo mi cuerpo sino también mi alma se ha fortalecido con esto de engullir de lo lindo. El ama está contenta del cambio que voy dando. Me ha llevado a mí también al columpio del tendadero. No he querido escaparme de sus manos; todavía quiero engordar un poco más. Me río de pensar el chasco que se va a llevar... Si, me llamará traidor. Pero... ¿y el destino? Mañana sin falta escaparé de aquí. Como es tan confiada conmigo... Zas, ¡a volar! ¡Viva la libertad! ¡Qui-qui-ri-quí!

... ..

-¿Que es esto? ¿Otra vez los niños por aquí? Y de noche... ¿Para que dejarán esos mocosos en el balcón tantos zapatos? Ea, señora mía, déjeme su merced dormir en paz.

Si pudiera zafarme ahora...

Ello ha de ser o ¿no hay justicia en la tierra? Pero... a estas horas... ¿A dónde irá el ama conmigo de noche y a tientas? ¿Por qué me trae a la cocina? ¡Protesto, sí señor! ¡Protesto y protesto, en nombre de mi especie! ...¡Horror, un cuchillo! Ah, ¡que fatal presagio! ¡Me arranca a mí también las plumas del gañote! Comprendo lo que va a ocurrir y no hay remedio. Y puesto que no hay remedio, moriré como un estoico. Está visto que no hay Dios. ¡Ya decía yo que...! Pero la salvaje del ama me descañona sin piedad ¡Protesto! Sí, arranca mis pobres plumas sin temor. ¿Crees que voy a exhalar la más débil queja? No seré yo tan cobarde como lo fue mi compañero. Esta necia ignora que se las ha con un filósofo. ... En

fin, esto es hecho. Si llego yo a sospechar que mi fin había de ser éste, ¡a buena hora me hubiese dado los atracones de estos días! ... El cuchillo reluce y se acerca a mi cuello. ... Gallos recoged y guardad en la memoria mi última frase: la vida es...

No pudo terminarla porque el ama le cercenó en aquél mismo instante el largo pescuezo. Así murió, como un estoico, como un mártir señalado del libre pensamiento... aunque con ciertas dudas, todavía que le hirieron más al tiempo de caer su sangre filosófica en una blanca escudilla, a dos palmos del prosaico fogón. Y expiró sobre la mesa de la cocina. Su cuello, lacio y pelado, se quedó torcido como un signo de interrogación.

1917

IV. BOSQUEJOS PROVINCIALES

1.

El pianista ubicuo

-La vida es un trabajo-. Eso dice la dueña del Café de la Paz, en tanto amontona paquetitos de azúcar sobre el mármol del mostrador, de nueve a diez de la mañana. Hace con ellos pirámides, construcciones pueriles, con harta más comodidad que los esclavos del antiguo Egipto hicieron aquellas, tan famosas.

Ella está sentada, calza mitones azules y se arrebujá en un amplio chal de punto de lana, porque éstas mañanas de febrero son frías de veras y todavía no ha subido la calefacción.

Dice aquella grave sentencia a don Eusebio un cura que va allí cada mañana, después de su misita, a sorberse un café con leche y a leer la prensa de Madrid. Es el parroquiano más seguro y temprano. Todo lo tiene muy estudiado don Eusebio: la limpieza del local se hizo ya; las sillas, encaramadas a las mesas de mármol, esperan a ser de nuevo colocadas en su sitio. La mesa que ocupa el capellán recibe a aquella hora un sesgado rayo de sol y el capellán se estremece y se esponja bajo la suave caricia, apoyadas las espaldas contra un radiador, todavía frío, en espera de que pronto subirá el calorcillo...-Si, señora, si, la vida es un trabajo... Comentan el ama y el sacerdote lo mal que andan las cosas de este pícaro mundo. Sobre todo... ¡esa condenada política!...

De la mesa al mostrador y viceversa van y vienen pausadamente las razones, los comentarios, los dictérios contra los malos políticos del país y hasta se arriesga la crítica malévola de hacer alguna escapadilla al extranjero. Cualquier tema es bueno a la espera del vapor que es la sangre de los radiadores y además, Ginebra está lo bastante lejos como para que no se enteren allí de que en aquel Café se la pone como chupa de dómine. Pero no se crea que si se habla de Ginebra es por desdén hacia las cuestiones locales. Sí, se habla allí de todo y se despelleja, como quien dice, al más pintado.

Cuando el vapor de las subterráneas calderas sube por fin y el ámbito del Café de la Paz se caldea, exclama el capellán:

-Ah, esto es gloria pura.

Y se estira y va restregando sus anchas espaldas ensotanadas contra los tubos de órgano del radiador. Leídos los diarios, bosteza, paga su servicio y sale al turbio sol de la plaza. Suspira el ama, terminada su arquitectura de azúcar. Les gruñe los regaños de ordenanza a Andrés, a Perico, los camareros de tanda y se pone a remover y recontar cucharillas.

Después del almuerzo, cuando el Café se va animando y espesando de parroquianos, de voces, de humo, con puntualidad que el ama adora, llega el pianista. Saluda al ama; asciende a la tarima del piano, levanta su tapa y teclea, preludiando... Un momento de reflexión y ataca una "pieza" de su repertorio. En fuerza de sabérsela de coro, el buen pianista va introduciendo reformas en ella, así como en todas las demás; aquí retarda, allí acelera, a su arbitrio, interpretando la inspiración del momento el pensamiento musical de los autores. La "zarzuela" es su fuerte. Albéniz y Granados son para cuando otea turistas rubios en las

mesas... y alguna vez, Beethoven, Wagner..., pero eso es para repicar recio; para las solemnidades nada más.

Habíamos quedado en que la vida es un trabajo; el pobre pianista, a quien no le basta con lo que gana con aumentar el ruido del Café de la Paz, consiguió -y fue mucho- ser amenizador de los ocios de los señores del Casino Imperial, sito a poca distancia del café. Y se reparte en dos pianistas, a las mismas horas: dos por la tarde y otras dos por la noche; y como los locales en donde trabaja son dos, ved si no es cierto que el bravo proletario de la semifusa rinde su jornada de ocho horas.

¿Qué como puede ser? Muy sencillo. ¿No es cierto que de pieza a pieza hay que dar un poco de reposo a las orejas? Esa es la costumbre. Dos horas de música sin pausa ¿quién las soportaría? Pues bien: el pianista aprovecha las pausas del Café par tocar en el Casino y viceversa. Ved aquí que, acabado el primer toque -como él lo llama- en el Café, sale disparado para el Casino, en el cual se da el gusto de tocar un Erard gran cola, que fue en sus buenos tiempos una alhaja. Sabe el artífice del teclado que la calidad de los socios de aquella entidad no es la misma que la de los parroquianos del café. Por eso suele reservar para aquellos sus mejores piezas. Casi siempre comienza por un vals y los socios imperiales, que están en plena partida de *chapó*; ritman y subrayan la música dando con los tacos en el entarimado. Todavía resuena en el ámbito del salón de billares el acorde final y ya el pianista corre hacia el Café, donde restituído a su sitial acomete una “fantasía” del maestro Guerrero, del maestro Alonso, del maestro Moreno Torroba...

Hay unas mesas ocupadas por unos hombres de pueblo que vinieron al mercado y gustosos de la tonada que no escucharon, piden “que se repita” y dan palmadas secas, de callo duro, que suenan como tiros de pistola. Y el pianista, halagado, sonrío y repite, extremando la licencia de sus interpretaciones, tan personales, dejando como nueva la música que toca.

Y vuelta, deprisa, hacia el Casino.

Pero he aquí que en el Casino Imperial ocurre algo extraordinario. El Ingeniero jefe de Obras públicas y el excelentísimo señor General, tienen empeñada una partida de carambolas. Los socios se han sentado en los divanes, en torno de la mesa verde y corean las *tacadas* y ponen murmullos de contrariedad a las *pifias*, o comentan festivamente las *chambas*. Al pianista, con su experiencia de las situaciones solemnes, camina de puntillas, asciende a la tarima del gran cola y ejecuta, pianísimo, en un velo tenue de sonido una *pieza fina*, para no distraer a los ases del taco. El gato del Casino, por nombre “Wamba”, blanco y gordo como cebado corderillo, salva de un brinco la tarima; se posa en las rodillas del pianista y se acurruca allí dispuesto a echar una siestecita. Esto le pone nervioso al ejecutante y se le van los dedos por donde quieren y desafina, con algún motivo. Pero nadie lo advierte. La partida de billar absorbe toda la atención de la distinguida concurrencia. Y hala, vuelta al Café. Y así un día y otro, un año y otro año, hasta que Dios quiera.

Alguna vez puede darse el gustazo de tocar algo bueno, como cierta noche en que sorprendió a los socios del Casino con una “*gran pieza*”. Ello fue, según dicen la marcha de “Tannhäuser”. Eso dicen... Los tacos aquella noche tuvieron mucho y bueno que acompañar con sus conteras de goma contra el parquet. Al descender de la tarima el ejecutor, lo retuvo del vuelo de la americana uno de aquellos sesudos varones:

-Muy bien, García, hijo; está adelantando mucho.

El pianista sonrío con modestia.

-Mil gracias, don José. ¡Es música de *Uñañer*!

-Ah, ya,- bostezó don José

Y el pianista, encantado de haber sido, al menos esta vez, escuchado por alguien y de que, al fin se le reconociera su buen arte, se volvió para el Café tarareando, con emoción de gloria, la consabida marcha.

Pero ¡ay!, en el Café, apenas le vieron aparecer entre las cortinas de pañete grasiento, le gritaron:

-¡Chotis!, ¡chotis!, ¡chotis!

Y el *scotish* atronó el ámbito y fue acompañado del tintineo burlón de las cucharillas sobre las mesas de mármol. Y también sonreía el pianista, aun cuando le hicieron repetir dos veces la pieza.

Pero, en fin, al dar las doce, hora de ir pensando en cerrar el Café, bajó el músico la tapa del piano y se fue a tocar la última pieza en el Casino. Al entrar por última vez, solía pedirle el mozo del guardarropa un pasodoble torero. El mozo quedaba complacido. Y terminada la tarea musical quedaba cerrada la tapa del *Erard* y salía para su descanso de pianista, dando a todos, con su sonrisa, las buenas noches. El del guardarropa le agradecía su complacencia con unas palmaditas cariñosas en la espalda.

Y esa era su vida –la vida es un trabajo-. Y como no eran cosa mayor sus emolumentos y aunque él no quiere que se sepa, por el decoro de su arte, se dice que todavía aprovecha unas horas por la mañana en llevar la contabilidad en una tienda. Por la tarde da algunas lecciones a domicilio... en fin, que va tirando como Dios le da a entender y sacando adelante a sus seis arropiezos. Sí, sí; la vida es un trabajo.

Toledo, 1923

2.

Comestibles católicos. Comestibles ateos, o ¿qué es la verdad?

Por aquellos días de la Gran Guerra -¡quién se acuerda!- las subsistencias andaban por las nubes, como suele decirse. La economía del mundo, perturbada. La codicia suelta, como fiera que escapó de la jaula.

Las gentes modestas no podían vivir en tanto que como por ensalmo, surgían los “nuevos ricos” de cualquiera parte, ofendiendo a la pobreza y a la modestia con una exhibición de un lujo insultante y excitando la envidia, que es la peor cosa que se puede hacer en este pícaro mundo: llamativos vestidos, pieles, automóviles, criados... Ciertamente que aquella nueva riqueza fue como los dineros del sacristán...

Los tenderos robaban a la luz del sol. Los acaparadores se henchían de moneda descaradamente. Y la pobre gente no podía comer. Los gobernantes no dejaban de estudiar la cosa. Y tras de mucho estudiar, dieron a luz nada menos que un órgano administrativo con toda felicidad, aunque fue hembra: la Comisaría de Abastecimientos. Se creó para espanto de los acaparadores y los viejos pobres se creyeron por fin, defendidos de las siniestras garras de los nuevos ricos. Pero no era verdad. Ya se sabe: hecha la ley, hecha la trampa. La vida continuó cara, casi imposible para la gente modesta.

Y todos los que no ganaban nada -¡y quién iba a ganar con ello!- con que en el norte de la bella Francia se mataran a miles los hombres, estaban de muy mal talante.

En el Centro Católico, unos cuantos socios tuvieron la idea salvadora de fundar una cooperativa con el fin de adquirir en grandes cantidades “productos alimenticios” y venderlos entre sus asociados a precios razonables, bastante más bajos que aquellos con que estrangulaban la economía esquilada de los pobres. Un esfuerzo, comprar aquellos “artículos de primera necesidad” y organizar su venta con una escrupulosa administración y una honradez verdaderamente cristiana. Enteróse de ello el bueno de Antolín Peláez, modesto empleado, abrumado de familia menuda. Y pensó en asociarse y dio aviso de hacerlo tan pronto como la cosa fuese cierta y próxima. Echó sus cuentas y vio que en efecto podía ahorrar un puñadito de pesetas cada mes... es decir: le alcanzarían las pocas que de sueldo tenía, sin enredarse en préstamos ruinosos ni tener que esgrimir el sable hacia el veinte de cada mes... y “abrió el pecho a la esperanza” cuando leyó en “El Estandarte” -que así se titulaba el diario de los católicos- que lo de la cooperativa iba a ser pronto un hecho. Los socios del Círculo Católico, como no eran muchos, pretendían reunir en torno de la magna idea a todos los que, estando necesitados de defender su exigua economía, quisieran cooperar al proyecto. Se celebraron varias reuniones en el “Teatro Moreto”. Parecía que la cosa iba de veras...

Unos dijeron que los del centro Obrero, cooperativistas de abolengo y como quien dice “por derecho propio”, habían lanzado antes la idea y que los católicos se la habían plagiado. Comentaban el caso en la plaza de Recaredo, Antolín Peláez y unos amigos. Y Peláez dijo aquel día una frase feliz: -si los del Centro Obrero habían concebido la idea, la parieron los del Círculo Católico, y lo importante era haberla dado a luz”.

Observó que en tanto unos reían, otros callaban y el señor Cruzado, ex-alcalde de Alcántara, le dio dos veces con el codo, disimuladamente, seña que entendió Antolín y calló. Era el caso que “El Baluarte del Proletariado” empezaba a tirar bala rasa contra la cooperativa católica,

como la llamaba con saña el partido. Insinuando no sé qué precoces inmoralidades y vicios de origen, aseguraba que no iba a ser todo aquello más que una “merienda de negros”.

Tuvo el señor Cruzado el buen acuerdo de avisar al bueno de Antolín del peligro en que se metía si se asociaba a la cooperativa católica

-Mire Ud. hijo mío: por su bien me permito aconsejarle que no se meta en política

-¡¿Yo?!

-Usted es padre de familia; me figuro que no es mucha su independencia económica, pues...

-Sí, señor, soy más pobre que las rata. Por eso mismo necesito buscar un medio de vivir con economía y...

-Calma, calma, mi querido Antolín. Ya es un peligro aquí que su nombre y apellidos coincidan con los de un renombrado obispo... Su cargo de Ud. no está tan seguro que no pueda perderlo por la inquina de algún enemigo oculto, de algún envidioso. Hay que ser cauto. ¡Si yo le contara a Ud. los disgustos que me ha ocasionado la maldita política... Créame Ud. y no se meta en nada. En cuanto a las inmoralidades que se cuentan no crea Ud. en ellas. Conozco la organización de esa Cooperativa y puedo asegurarle que está perfecta y honradamente realizada.

-Acaso Ud., así, por bajo cuerda...

-Sí, pero guárdeme el secreto. He intervenido en la fundación, aunque sabe Ud. que procedo del campo liberal. Pero como para ser asociado hay que dar la cara y yo... estoy retirado de la política, no me asocio. Créame Ud. y no se asocie. Ni hablar de ello.

-Pero esto es horrible, don José. ¡Mis hijos, el pan de mis hijos!

-Pse, que se le va a hacer. Cosas de la vida. Cierto que los comestibles católicos serán buenos y baratos, pero si Ud. estima en algo la seguridad de su sueldo, créame y no se asocie. Hoy por hoy el partido católico no tiene aquí la fuerza ni casi asidero. La política de izquierdas es la que va a tomar vuelos después de la tormenta que se avecina... y por si mis predicciones salen fallidas, lo más prudente es permanecer neutral, hasta ver...

- Bien, señor Cruzado, pero es que yo no puedo vivir...

-Pues paciencia, amigo, pero créame a mí y no se meta en nada. Y ya sabe Ud. que soy su amigo.

¡Política en las patatas, el arroz, el aceite y los garbanzos! El bueno de Peláez no conseguía entenderlo. Se devanaba los sesos; leyó “la Política” de Aristóteles; se enfrascó en lecturas de autores antiguos y modernos, de economistas, de sociólogos, en fin, lo que pudo hallar de prestado. Y cuando le pareció que se hacía alguna luz en su mente, el temor de perder su frágil destino le hacía llorar de rabia, pensando en sus hijitos, en su mujer, siempre embarazada... Y consultaba tímidamente con personas de su confianza. Según que éstas tuvieran uno u otro color político, así le hablaban bien o mal de los comestibles católicos.

¿Se decidiría al fin por los del Centro Obrero? Bien pensado él era un obrero, un verdadero y auténtico proletario. Hizo sus probaturas; secretamente insinuó que la Cooperativa Obrera le parecía cosa excelente. Todo ello fue llevado con una cautela extraordinaria. Su conciencia no se lo reprochaba, pero...

Don Cosme, el Deán, que le estimaba, le dijo en un encontronazo por una calle de Alcántara:

-Ya veo que los bolcheviques te están catequizando...

-¿A mí, Don Cosme? Pero si... ¿Por qué lo dice Ud.?

-Ya, ya; hazte el distraído. Yo lo sé todo. Te decides por las judías ateas. Hum...

-Don Cosme, por Dios: le ruego que me diga Ud. la verdad ¿a cual de las dos cooperativas debo acudir para que mis hijos puedan comer un poco más cada día? Ya estoy harto de que me roben a mansalva los tenderos.

-Hijito, yo no sé... Nosotros mismos dudamos, no sabemos... No siempre lo barato es bueno... Por otra parte me temo que comprar en la Cooperativa Católica te perjudique: la compañía donde trabajas está en manos de judíos y masones... Ya, ya sé que tú eres bueno, hijito pero eso no impediría que tuvieras un disgusto si te asociabas.

-Si tanto me perjudica el pertenecer a una compañía judía, cosa que yo ignoraba hasta este momento, buscaré otro empleo. ¿Judíos? ¿Masones? Pues no sabía...

-La cooperativa Obrera es una añagaza de los masones para pescar socios, que son votos a la hora de las elecciones. ¡Una maniobra! ¿No lo ves claro?

-Pero las judías...

-Las judías, no; pero los judíos... ¿Me entiendes?

-No, don Cosme, no le entiendo a Ud.

-¿No te ha hecho todavía tu principal alguna insinuación a este respecto?

-No, señor, ninguna.

-Hum... pues a pesar de todo no te fies. Y ahora separémonos. Las paredes oyen

Y el infeliz Peláez miró con odio las viejas paredes de la vetusta y carcomida Alcántara, por si fuese verdad que oían y, lo que sería peor, que hablaran.

Y entre tanto en su casa se comía poco y mal. El pobre empleado estaba cada día de peor talante y más flaco. Bien veía que no se hallaba solo en aquel mar de desventura. Pensaba él: si lográsemos reunirnos unos cuantos y formar una cooperativa independiente...

Pero, hombre: ¿cómo no se le habría ocurrido antes? ¡Oh, feliz idea! Y con un ansia febril, aunque con disimulo aprendido en su vida alcantareña, comenzó a buscar leales cooperadores. Muy pronto se hizo pública la idea de la Cooperativa Independiente. La cabeza de Antolín hervía de cifras, de imágenes succulentas... ¿Por qué no había de poder llevar a su casa alguna vez, un jamoncito? Era el alma de la nueva organización. Se encontró, sin quererlo, en medio de un hervidero de gente que veía el cielo abierto si podía asociarse a una idea práctica sin peligro para el sagrado de su opinión política, tan quebradiza... Se hablaba de él en todas partes; y eso que él empezó por advertir que no quería ser más que uno de tantos.

Una mañana le llamó a su despacho el director de su oficina. Aunque tenía una hoja de servicios impecables veía obligado a advertirle que, de algún tiempo acá se le notaba un tanto descuidado en su trabajo, se distraía. El principal bien comprendía que aquella fiebre cooperativista no podía traerle nada bueno. ¿Necesitaba tal vez una temporadita de descanso, con la mitad de sueldo?

El pobre Antolín se echó a temblar y a sudar, con la boca seca y a punto estuvo de caer redondo. Juró no meterse nunca más en nada y cumplir como buen subordinado.

Y la Cooperativa Independiente sucumbió nonnata, como sucumbieron en la infancia, poco después la católica y la atea, sin dejar rastro ninguna de ellas.

Pero no paró ahí la cosa. Antolín se malquistó con los tenderos de Alcántara. Ya nadie le fiaba, con lo que llegó al colmo su amargura y su ingenio se agotó en fórmulas para sacar adelante a su aumentada prole.

Años después, ya más tranquilo por haberle subido el sueldo en la oficina y haber empezado a emplear a sus chicos, oyó clamar, en un *meeting*, por la organización de la clase media. Los

empleados no se consideraban todavía obreros. El orador decía: “La clase media, entre la que vive una enorme cantidad de gente humilde que no se resigna todavía a abandonar ciertos hábitos de la burguesía, tendrá en sus manos bien pronto la clave del porvenir político-social. Si se une estrechamente no habrá fuerza humana capaz de oponerse a sus designios”. Antolín fue a estrechar la mano del fogoso orador, que pareciéndole dispuesto a sacrificarlo todo a la idea aquella nueva, necesaria y formidable organización, se le ofreció; trabajaría en aquella localidad por hacerle prosélitos. El grave orador le dio las gracias sin entusiasmo y se excusó de no poder aceptar... La cosa no era tan inmediata... ¡era tan complicado el mecanismo social!... en fin, ya veríamos si más adelante...

Y el bueno de Peláez, corrido, desilusionado una vez más, exclamó para sí, con tonillo dantesco:

“Lasciate ogni speranza”

No sé más de él.

Sospecho que habrá mejorado su situación, hasta que otras contingencias vuelvan a ponerle en peligro de hambre y miserias. Eso, si cuando pudo satisfacer el hambre, no murió de un ataque de fastidio. Que todo podría ser.

Toledo, 1924

V. TARDES DE ORO

I.

Las violetas

¿En dónde encuentra María Luisa las violetas que me trae cuando estoy trabajando en mi estudio? En las tardes doradas del invierno, cuando todavía está la primavera en el seno del no-ser, María Luisa encuentra , yo no se en dónde, alguna violetas. Me las trae de un matiz desteñido, menuditas y enfermas, como si se hubiesen pasado los años en un fanal, encima de una consola romántica. Las trae también blancas, con un aroma suave y húmedo. Y me dice:

-Tómalas, son para ti.

Y acerca a mi rostro las florecillas para que yo aspire el grato aroma y las prenda luego en el ojal, sobre mi pecho.

Y entonces, al darle yo las gracias en un beso, sus mejillas se tiñen de rosa y yo no acierto a decirlos, oh amigos, qué recóndita relación hallo entre el aroma de las flores humildes y el almita de esta graciosa niña que asoma a sus mejillas con un poco sangre de su tierno corazón, Le pregunto:

-¿En donde encuentras estas violetas?

Y ella muy seria me responde:

-Ay, que tonto; en el jardín.

Es extraño. Yo paseo por el jardín, entre los setos de boj, entre los rosales, junto a los mirtos, bajo los evónimos floridos y nunca, nunca veo violetas por ninguna parte. Si pudiera, creería que son ellas que, al pasar la niña, la llaman para que las arranque de la tierra en donde crecieron y las lleve a jugar a Corella. En mi ojal, las pobres violetas se van marchitando melancólicamente, en una lenta y perfumada agonía.

II.

María Luisa y el jilguero

En el silencioso ámbito del estudio hay paz y calor. Susurra la lumbre roja en el hogar no sé qué conseja que vuela en los velos azules del humo, tomando el mismo camino fantástico de las brujas, en sus noches de aquelarre...

El sol se está durmiendo hacia su ocaso y se pone sonrosado como las mejillas de los niños que tienen sueño. Las sombras del atardecer van trepando por los altos muros del jardín, después de tender su vuelo nocturno sobre los setos de arrayanes y mirtos... El jardín, amodorrado, quieto, espera la luz de las estrellas para soñar...

En el estudio en calma, los geniecillos magos avivan la fantasía de los niños, vuelan y ríen.

María Luisa está sentada a su mesa de trabajo; descuidando el deber y la plana de escritura inglesa, dibuja sobre un papel graciosos monigotes.

El jilguero se despierta en su jaula y pía con mimosa vocecilla:

-María Luisa, María Luisa...

La niña, que en ese momento está ocupada en dibujarle los botones a la levita de un monigote que bien pudiera ser un ministro, calla. Y repite el avecilla impaciente:

-María Luisa, María Luisa...

Entonces la niña, tuerce la cabeza orlada de rizos de oro, con la misma gracia que ese pajarillo y dice:

Hola bichito bonito. ¿Qué quieres, hombre?

Y el jilguero la llama:

-Ven, ven. Ven, ven. Ven, ven...

Y lo repite muchas veces, dando saltitos en su jaula de juncos y alambres.

-Déjame, bichito, estoy trabajando. ¿No sabes? Estoy pintando hombres, como mi papá.

Pero el jilguero, que tiene una inteligencia muy cortita, repite siempre

-Ven, ven. María Luisa. Ven, ven...

Cállate, fastidioso. NO puedo ahora.

-Ven, ven. Ven, ven. Una pausa -Ven, ven...

-Pero hombre, ¿qué quieres? Vamos a ver qué le pasa al pesadito de mi jilguero.

Y la niña deja su pintura y se acerca a la ventana en donde está el pajarillo. El jilguero se queda parado, con la cabecilla inclinada a un lado, esperando.

-¿Qué quieres? Aquí estoy.

-María Luisa, María Luisa, María Luisa...

-Sí, yo soy hombre, yo soy. ¿No tienes agua? Pues sí, tienes. ¿No tienes cañamones? Pues anda, el comedero lleno te puse esta mañana, glotoncito. Oye, bichín: sabes que te bañas en la palangana de mi muñeca? ¡Si ella llega a enterarse!...

-María Luisa, María Luisa, María Luisa...

- Me llamo, sí. ¡Siempre estás con este estribillo!

Y la niña tuerce con gracia la cabeza nimbada de oro y avanza el hociquito, remedando a su jilguero...-María Luisa. Te quiero, sí, te quiero, sí. Sí, sí.

-¿Mucho, bichito?

-Sí, mucho, sí, sí, sí, mucho. Sí, sí, sí... Si, sí, sí...

Plutón, el mastín que, descansando sus años caducos junto al hogar, contempla esta escena con mirada cuajada de sueño y experiencia, bosteza con ruido, el malcriado, arqueando la lengua rosada;

Y entre el ruidoso bostezo dice con desdén de viejo sin ilusiones:

-¡Onomatopeyas!

Y cierra los ojos irritados y se pone a meditar cosas profundas.

La niña vuelve a sus monigotes y el jilguero, entre saltitos y melindres, todavía la llama:

-María Luisa. Sí, sí, te quiero mucho. Sí, sí. Sí, sí. Si, sí.

Luego, de un brinco, se posa en la traviesa de cañaheja, hincha las plumas, hunde la cabecita bajo el ala y se queda dormido. Pero se despierta al momento, de puro enamorado. Sacude sus plumas, salta otra vez abajo, mira a su amada y dice, siempre con vocecita dulce:

-Sí, sí. Te quiero mucho, María Luisa.

3.

El solitario

En las horas frías del larguísimo invierno castellano –esas horas lentas que van seccionando, día y noche el tiempo gris, como enormes cuchillas afiladas con témpanos de hielo- la imperial ciudad dormita arrebujada entre jirones de niebla tajeña... Toledo, entonces parece más que nunca una ciudad muerta. Zocodover, desierto y helado, recibe en su seno, de vez en vez, el tintineo metálico del reloj del Arco de la Sangre. Las campanadas caen en el ámbito estéril, lentas, mustias, como lágrimas de bronce derretido. Corren silenciosas hacia el lejano Atlántico, las aguas turbias de Tajo agosto.

La primavera derrama su primera sonrisa de flor de promesa sobre la tierra; en los escorzos de llanos y alcores pardos, verdea alegremente la pelusilla de la siembre. El Tajo corre fragoroso por el lecho de riscos duros, huidizo y desdeñoso, siempre ávido de lo desconocido. Como el alma de Castilla, inquieta, que no cabiendo en el exiguo marco de su gleba, sale, mar afuera, en busca de aventuras, quimeras de civilización cristiana. Molinos de viento. Gigantes con los brazos en cruz...

Zocodover se anima de sol y de gente desocupada, no hay niños en Zocodover. En La Vega toman el sol en lento divagar, señores graves, no hay niños en La Vega. No es hora de colegio y se piensa: ¿en dónde están los niños que con su presencia alegran los parques de todas las ciudades del mundo? Los cafés de Zocodover bullen de gente forastera. En la plaza, un organillo desgrana, implacable, la marrullería destemplada de su cilindro y repite cien veces el mismo pasa-calle.

El sol sesteá en la altura y se deshace en lenguas de fuego que abrasan el aire quieto y enrojecen las piedras milenarias de la ciudad. Reverbera su lumbre en las aguas del Tajo, dormidas y lentas, pesadas como aceite. Las campanas de la catedral, tristes y soñolientas, llaman a coro entre los ardores y bascas de la siesta. Despiertan los vencejos que anidaron junto a la Campana gorda.

En el campo amarillea y fulgura la mies y en lejanía se desliza, apenas echando nubecillas de vapor que se diluyen rápidamente en el aire, un mercancías...

Y Toledo, no obstante, tiene un alma inmortal. Las artes, riquísimas, de tantos tiempos olvidados ya en la amnesia de la precipitada vida actual, viven entre el polvo y la carcoma de la incomprensión –El Arte no puede hacer otra cosa sino esperar a que el amor de los humanos se le acerque para darse todo entero-.

Pues ved que las artes toledanas del Pasado apenas viven fuera de las páginas del *Baedeker*. Peregrinos de la benemérita curiosidad las visitan en el buen tiempo. En Santo Tomé, en la Catedral, en santo Domingo el Antiguo, en el Museo creado por el caballero andante don Benigno, Marqués de la Vega, el solitario de Toledo, el gran candidato Doménico

Theotocópulos, el Greco, rumia ensimismado su desdeñosa inmortalidad. Sonríe, malicioso, cuando en sus obras le contemplan con curiosidad, con hipócrita admiración, los turistas que saben como hay que poner la boca y los ojos delante de un cuadro del Greco, para ser tenidos en opinión de inteligentes...

Le divierte acaso más aquellos otros que le contemplan las pinturas como admirarían un peñasco sideral caído en noche serena a nuestro planeta, horadando en curva de luz blanca la atmósfera terrestre...

El Greco y Toledo son, en el Tiempo y en el Espacio como Endimión y Diana en los cielos clásicos: bodas misteriosas, luminosa e infecunda cópula sagrada; eterno epitalamio silencioso; desdeñosa hermosura de una maravillosa Voluntad, encendida en el Más-Allá...

Y en el misterio y la soledad del Olvido se guarda, castamente, un tesoro inagotable de emoción.

Sobre la seca y noble mística de Castilla derramó el cielo de Grecia un día, una gota de su sangre caliente e inmortal.

Toledo, 1919

VI. ORÉGANO

1

Todavía el polvo de la limpieza flotaba en el ambiente de la escuelita. Haces de sol, oblicuos, caían quebrándose en las mesas, pintando brillos en los tinteros nimbados de manchas de tinta violeta. El maestro carraspeaba, tosí, se congestionaba mirándonos a todos a través de sus ahogos y convulsiones de catarroso. Y entre el polvo se cernía sobre nuestras cabezas la angustia de la Aritmética.

Del zaguán nos llegaron los berridos de un muchacho y una voz vieja y cascada chillaba confusamente. El Instructor saló del zaguán empuñando el maldecido báculo de haya de señalar ríos, cifras, letras y que solía caer con furia sobre nuestras espaldas. La voz de don Melchor, el instructor, se mezcló a la baraúnda de chillidos y de lloros. Al cabo entró don Melchor arrastrando al que tan desconsoladamente lloraba. Les seguía una vieja con saya de remiendos, que llevaba a la cabeza, muy ceñido a las sienes, un pañuelo que allá en sus mocedades debió de ser negro.

-No grites más, condenado- chillaba la vieja –que no te traigo al matadero sino a la escuela. ¿Querrás tu ser también un ignorante, como el grandullón de tu hermano?

Al paso de la vieja se abrió un olor de hierbas de montaña. La reconocimos luego: era la vieja que, todas las tardes, a la hora de la gramática, pasaba bajo las ventanas de la escuela pregonando:

-¡Tomillooooo yyy romeeeroooooo! ¡Teeee de mooonteeee! ¡Oréegano!

Su voz gangosa se perdía lenta en las calles, en la luz viva de la libertad, allá fuera de nuestro encierro con cadenillas de Gramática, de Geografía de Historia sagrada... Los sábados, aquella voz nos anunciaba el momento de recoger deprisa los libros y escapar corriendo. Esperábamos toda la tarde aquella voz:

-¡Oréegano!

Y ahora la veíamos a ella misma, cargada con su esportilla de hierbas que olían a ladera y a merienda en el campo. En su afán de enderezar al lloroso y presentárselo al maestro como un buen chico que quiere instruirse, se removió su esportilla, sahumando la escuela y se esparcieron por las baldosas briznas de espliego, flor de romero y de tomillo...

No pocas razones y halagos fueron precisos para aplacar el terror y la llantina del neófito. Cuando salió la vieja, el maestro, tomando por un brazo al nuevo aprendiz de sabio, vino hacia mi mesa, que tenía un puesto vacío y en él hizo sentar al nuevo alumno, recomendándomelo como un compañero.

2.

Y aún no paraba de gemir y suspirar y de beberse sus lágrimas.

-¿No tienes pañuelo?

No me contestó. Pero fue buscando en diferentes lugares de su andrajosa vestimenta, allí donde los demás teníamos los bolsillos. Al fin dio con una pelota de trapo, que bien pudo haber sido pañuelo alguna vez.

Una rodilla de fregarse los ojos húmedos, de color terroso y olor de lágrimas y de pobreza. Y seguía llorando.

-Es, no llores ya más. Aquí, ¿sabes? Lo pasamos muy bien. Solamente que tienes que decir de pe a pa tus lecciones. ...¿tienes libros? ¿Ya sabes leer?

Y no respondía a nada. Cuando me miró, al cabo de mucho rato, lo hizo de reojo, como miran los conejos asustados.

Ya más tranquilo, se puso a examinar las paredes de la escuelita. De aquellas paredes egregias con infinidad de manchas de humedad, pendía el mundo entero, plasmado en grandes mapas barnizados. Un alto friso de Geografía al que apenas alcanzaban nuestros ojos.

-¿Te gusta la Geografía? Ya verás que cosa tan divertida es saber dónde está París y Zetina, y el Mar Azof y todo. Cada país del mundo tiene un color diferente y la gente de ellos es del mismo color ¿sabes? Hay razas humanas de varios colores. Ya verás que bonito es esto.

En verdad que mi compañero era un ignorante. A los nueve años sabía bien poca cosa: ir a la montaña y volver a su casa cargado de haces de hierbas aromáticas; ayudarlo a su hermano a trasegar la basura que éste recogía en las calles de la invicta ciudad; llenar los cántaros en el fuente y llevarlos a casa de su abuela, la vendedora de te de monte, sin descansar ni una sola vez en encamino; hacer cabriolas los domingos, delante de la escuadra de *gastadores*, cuando el regimiento de *Otumba* iba a misa; hacer acopio de cajas de cerillas exhaustas y coleccionar sus cartones, que traían episodios de las guerras coloniales y retratos de generales distinguidos. Era aquél nuestro papel moneda y lo jugábamos lindamente al peón, juego en el que resultó ser mi compañero el as de los ases. Todo eso, en, fin, sabía. ¿Era acaso poco saber?

Pero su abuela se había empeñado en que fuera un sabio. Sí, aquella viejecita que lo arrastró a la escuela era su abuela. Su hermano nunca supo leer ni menos escribir y ya veríamos qué buen mozo era: alto, fuerte, ancho como un percherón; el primer basurero de la provincia.

En pocos días fuimos amigos y supimos de él que no era de allí, sino de un pueblo de la montaña. Sus padres y dos hermanitas gemelas murieron aplastados una noche en que se derrumbó una peña y les aplastó la casuca de vivían. El y su hermano se salvaron por milagro. La vieja los recogió y esperaba hacer de ellos unos hombres de provecho. Pero no era posible sin saber de letra. Su hermano no quiso ir a la escuela. Se ponía furioso cuando su abuela le hablaba de ello. El -ya lo habíamos visto- fue llevado a rastras. Pero, ea, ya estaba en buen camino. La viejecita le procuró yo no sé cómo, libros, cuadernos, pluma... y uno de nosotras le regaló una bolsa usada, con la que se puso muy contento. Orgullosa estaba su abuela de verle ir a la escuela y esperaba que se lo convirtieran en un hombre que pudiera ser, por lo menos, alguacil. Embelesada le veía marchar camino del saber, con la bolsa de bandolera, las manos en los bolsillos del pantalón de pana, color de aceite y tocada aquella cabeza que ya se le iba llenando de letras, con un gorro de punto que él mismo se trenzó con estambre de vivos colores. Llamábase José, pero todos le llamábamos "Orégano" y él no se enfadaba por que le nombráramos con este moquete.

3.

¿Quién dijera que aquél rebelde a la enseñanza iba a ser, al poco tiempo, el amo del cotarro? Pues así fue.

Cómo aprender... no aprendía gran cosa; antes bien se resistía su naturaleza a los beneficios del estudio como la roca resiste los embates del viento. Pero ¿quién de nosotros dejaba de admirar su destreza en los juegos y de reconocer su superioridad en ellos?

Si a “salta cabrilla” él era el primero, por aquel su prodigioso salto inicial, en el que llegaba a poner el cuerpo horizontal en el momento de lanzarse, volaba, decíamos. Si al peón, el suyo escapaba de la cuerda zumbando como un diantre y le duraba el impulsa sobrado de tiempo para ganarle el partido al más pintado. Si al “fendi”, su pedazo de hierro sabía secar del círculo los cartonetes en montón, con lo que a todos nos ganaba. Y por más que nos ganase, todos le estimábamos. Pero era además el terror de los guardas del Paseo de la Libertad y el mejor capitán de las épicas pedreas de las tardes de los sábados. Nadie como él volteaba la honda y disparaba las piedras con igual tino, descalabrando enemigos. Las famosas batallas campales que llamábamos arcas –si no queríamos decir harcas- y eso parecíamos los bandos beligerantes que se organizaban desafiándonos los del bando de “Orégano” con el de los hermanos Medellín, cubanos, hijos del coronel nuevo. Los señoritos, escolares ricos, contra nosotros, los de la escuela municipal. Y “Orégano” el gran capitán de las pedreas memorables. Tenían los señoritos la noble táctica de agruparse en campo abierto; nunca sabían de dónde había de salir la hueste “Orégano” la cual se anunciaba invisible, de detrás de unos almiares, de dentro de un campo de altísimo y oloroso cáñamo, de tras la derruida muralla; inopinadamente. Nunca me tocó una piedra enemiga, porque nunca dejé de situarme al lado del jefe y de seguir sus movimientos. ¡A su lado se aprendía mucho! El Medellín pequeño, que era de la piel del diablo y ya tallado, volvió al cuartel un día, con un diente roto. También de entre los nuestros los hubo que volvían a su casa lisiados y a alguno lo tuvimos que retirar del campo sin sentido. La guardia municipal no podía con nosotros y hasta el propio alcalde fue a decir al coronel Medellín que si no le ayudaba a dominar aquella guerra civil, él no sabía cómo hacerlo. Pero el bueno del coronel le salió con que aquello le encantaba; así se hacían los hombre, a golpes se preparaban para el arte militar. Hubo que dejarlo.

4.

Nos hicimos tan amigos “Orégano” y yo que no sabíamos separarnos. Yo le llevaba conmigo alguna vez al teatro, por la puerta de los cómicos. El chico del conserje, aunque no venía a nuestra escuela, era buen camarada y no mal tirador de honda. Le envidiábamos el que siempre llevase en los bolsillos tacos de entradas vendidas, crepé de ponerse bigotes postizos y programas ilustrados y porque cuando se representaba “La Pasión de Nuestro Señor”, él hacía siempre de Ángel. Nos llevaba por todas las dependencias y recovecos del teatro; bajábamos a los fosos, que olían a oscuridad densa y húmeda; nos subía a los telares, más enmarañados de cuerdas y enrollados telones que un antiguo navío; recorriamos los palcos todos y nos contaba mil picardías de entre bastidores. “Orégano” me agradecía tanto aquello que para corresponderme me traía altramuces y cacahuets -de los que vendía su abuela los domingos- y un día me llevó a su casa y me convidó a comer manzanas: detrás de la choza de su abuela tenían una huertecita, junto al portal de los consumidores, el fielato. Más de una tarde fuimos a ver como estos hombres, unidos de por vida indisolublemente al fisco, pescaban anguilas en la acequia que orillaba la antigua muralla. Aquella huertecita criaba poca cosa: coles, rábanos, había algunos frutales, entre los cuales el mejor era un manzano. Las manzanas eran pequeñas y de un ácido incomparable. En el desván de la choza, debajo de la cama del hermanote de “Orégano”, estaban extendidas, para que el calor del cuerpo las madurase, mejor que el del padre sol. Se les ponía allí a las manzanas una pelusilla como de membrillo, se la quitábamos con la mano y se quedaban brillantes como el vidrio. ¡Y cuan sabrosas eran!

Debajo de aquel camastro y comiendo manzanas hube de estar escondido una tarde, porque como descalabré a un señorito en una de nuestras peleas, me persiguieron, en día de tregua y pude así zafarme de las iras de los enemigos. El mismo herido, hechas ya las paces, me aseguró que por el boquete que le hizo mi piedra se le veían los sesos. Y yo me lo creí.

5.

“Orégano” se puso enfermo. Yo le noté unos días sin ganas de jugar ni ánimos de peleas. Tenía sueño y náuseas. Dejó de venir a la escuela. Su falta nos tenía abatidos pues nada sabíamos hacer sin él. No me atrevía a ir a verle a su casa; aunque los pies me llevaron hacia ella muchos días. Y como en uno de ellos llegase más cerca que en los anteriores –subepidió la vieja, -a ver si a ti te conoce-.

Subí al desván y le vi tendido en el camastro de su hermano. No dormía allí, pero cuando le vieron tan enfermo diéronle lo mejor que en la choza había, para su reposo. Olí el desván a hierbas, a manzanas maduras, a sudor de enfermo...

“Orégano” no dormía. No podía dormir.

-Mira José, vienen a verte. Anda hombre, di algo- le chillaba la vieja.

El pobre enfermo nos miró y no sé que dijo con los dientes apretados por la fiebre

-No te conoce, no conoce a nadie

-¿Qué tiene?

-El mal de vientre. Se abrasa de calentura. De noche le sale todo el saber del cuerpo y charla como un maestro. ¿Y no quería estudiar!

-¿Qué dice el médico?

-¿Médico? ¡Mala peste!- chilló la herbolaria. –Mejor le curaré yo con mis hierbas que médicos y boticarios con sus porquerías. Lleva en la barriga un emplasto que es una bendición de Dios. Y al cuello le colgué el escapulario con la estampa de la Virgen de Lidón, y una rana viva, que no le dejará morir. ¡Médicos! Ni a una legua de aquí les dejaré acercarse.

Yo me quedé muy apenado. A los compañeros les dije que ya no le veríamos más. Se moría. Nuestros días sin él eran angustiosos...

Una mañana apareció por la escuelita la vieja herborista. Venía llorosa y habló, no sabíamos qué, con el maestro. Pensamos que ya se habría muerto el pobre “Orégano”. Disimuladamente salí tras la vieja y la alcancé en el zaguán. Le pregunté cuando se había muerto mi pobre amigo.

-No, no está muerto todavía; pero no tardarán en matármelo aquellos condenados. ¿Pues no sabes? Los enfermeros aquellos de de la blusa larga se lo llevaron ayer al hospital. No sé quien les dio el soplo de que en mi casa había un enfermo que podía pegarle su mal a medio mundo... ¡Canallas! Me lo pusieron en unas parihuelas y allá se lo llevaron. ¡Me lo van a matar, me lo van a matar!

Y sus chillidos se escamparon por la plazuela, como si las hierbas de su capacho se hubieran vuelto sierpes venenosas.

4.

Desperezábase la primavera en el aire marino de la Semana Santa. La soledad del Viernes, su silencio tan hondo, sólo rasgado por la carraca del campanario, unguía la tarde de evangélica tristeza. A la puerta entornada de la vivienda me estaba, viendo pasar entre aquel silencio a

las mujeres, tocadas con la negra mantilla de tafetán, camino de la parroquia... Unos ciegos, músicos y cantores, iban lentos, de portal en portal entonando en sonos quedos, sus coplas de La Pasión de traza palestriniana. Languidecían sus voces gangosas muriéndose en el aire suspirante de la tarde...

Inesperadamente se plantó ante mí como un fantasma, como un cadáver escapado de la sepultura. Su figura estirada, su tez pálida, sus ojos hundidos, me helaron de espanto. Parecía salir de los senos tristes del Viernes Santo. Una voz conocida hirió mis oídos:

-Eh, aquí estoy... ¿Te acuerdas?

-¡Orégano!

Era un resucitado. Me lo contó todo.

-¿Sabes? Estuve a la muerte. Ya me daban poca vida los enfermeros. Dice que me han dado la extremaunción y todo. Pero no me he muerto.

Y se sonreía enseñándome sus dientes largos y amarillos, dientes de calavera. A mí me parecía que sí, que estaba muerto. Llevaba a la cabeza su inveterado gorro de punto de colorines. Se lo quitó para que yo le viera la cabeza, que se le había quedado monda y ya empezaba a salirle una pelusa erizada y rala. La piel del cráneo traslucía los huesos.

-He tenido el tifus, ¿sabes? Una cosa muy mala. Los médicos, entre todos no podían con mi mal. Pero mi abuela venía a verme y pudo convencer a un enfermero para que me diera una medicina que sólo ella sabe hacer con sus hierbas. Y ella me ha curado...

Se repuso muy lentamente. Volvió a la escuela, donde todos le festejamos por haberse librado de su terrible mal.

5.

Un jueves, en el buen tiempo estival, salimos todos de paseo instructivo, en ruta con el maestro y el instructor. Todos llevábamos nuestra merienda. "Orégano" venía a mi lado: me di cuenta que no traía nada. Y ¿qué? -pensaba yo- él me ha convidado muchos días a comer de aquellas manzanas tan ricas... El chocolate le gustará seguramente.

Los paseos no eran siempre hacia los mismos parajes. El maestro, llevado de sus afanes pedagógicos, solía preparar las excursiones con el fin de hacerlas eficaces. Unos días se dirigía la multitud escolar a la huerta y el asueto se complicaba de leguminosas, de gramíneas, de clasificaciones.

Otros, se dedicaba a avicultura. Otros a la industria de la alpargata... De esta manera aquellas salidas estaban amargadas de enseñanzas que nos hacían odiosa la naturaleza.

Aquella tarde fuimos a estudiar la fabricación de la cal, allá en unos hornos de las laderas próximas. El maestro se caló las gafas de la ciencia pedagógica y se enfrascó en una conferencia sobre la cal. Los obreros le escuchaban maravillados de que todo aquello que aquel buen señor decía fuese lo que ellos, sin darle importancia hacían todo el año, de sol a sol y se creyeron mejore y hasta alabaron su suerte de parecerse a los artífices de la augusta Roma.

Pero nosotros pensábamos en la merienda que ¡cuidado!, no podía ser consumida sino después de la sabia lección.

Y ¿cómo había de faltarle a "Orégano" si entre todos le hubiéramos procurado un hartazgo? Allí estaba mi chocolate. Allí estaba, sobre todo, el gran Morales, a quien solía dar su madre dos enormes rebanadas de hogaza untadas a conciencia de confitura. No contábamos con Francisco Javier, porque sabíamos que su lonja gorda de jamón era para él solo. En fin, que

comió “Orégano” como todos y con buen apetito. Y llegó la hora de beber. Un pozo, allí mismo, nos ofrecía su fresco caudal.

Bebió el maestro, bebió el instructor y éste se quedó encargado de administrar la satisfacción de nuestra sed. Allí, los de la cal, bebían en la herrada misma, poniendo sus labios en el filo fresco de hierro. ¿Qué remedio? Ninguno traía vaso y como el agua estaba honda y no era muy abundante no era cosa de andarse con remilgos.

-Ea, en fila todos y por orden.

El maestro, apartado, se puso a fumar con los de la cal. Todos íbamos bebiendo. Y cuando yo bebí y le tocó el turno a “Orégano”, el instructor lo apartó con el brazo extendido.

-Tú el último. Quedóse el pobre confuso y sorprendido.

-Y ¿por que? Tengo sed.

-Ya beberás el último. Tú has estado enfermo y podrías contagiar a éstos.

“Orégano” entendió que, como un apestado, se le apartaba de nosotros. Y sin decir nada se retiró, se fue apartando, apartando sin mirar a nadie. La fila iba calmando la sed.

“Orégano” se adentraba monte arriba, en la tarde. Cuando todos habían bebido, estaba ya lejos. Le veíamos pequeñito entre los algarrobos de la ladera, subiendo bancales y tomando la recta, a campo traviesa hacia la ciudad. Le gritó el instructor:

¡“Orégano”!

No se volvió. No se paró siquiera. Ninguna prisa llevaba. Su paso era firme y sosegado. Su nombre fue resonando por la ladera

-¡“Orégano”! ¡“Orégano”!

Seguía él sin mirar atrás ni escuchar a nadie. El maestro mismo, disgustado del exceso de celo higienista de don Melchor, también le llamó y hasta sopló en el silbato autoritario. Soplabla con fuerza, con rabia. Pero el ofendido no quiso obedecer. Un propósito firme como roca le hacía caminar hacia su alejamiento de nosotros...

Sólo yo pensaba: -no se volverá, no vendrá más a nuestra escuela.

Y así fue. No volvió más. Se puso a trabajar. Se hizo hombre, un hombrazo, como su hermano; grande, fuerte, ancho de hombros, como un percherón. No quiso reconocer en adelante a ninguno de sus compañeros de colegio, ni siquiera mí.

Pero yo he creído siempre que en su alma no le quedó rencor alguno.

VII. EN LA EXPLANADA

1.

Escenario

A espaldas del Teatro Nuevo, limitada por él, por la muralla con brechas ruinosas, por un antiguo reducto, entonces fielato y por unas fábricas de reciente hechura, se tendí la explanada de nuestros juegos. En el buen tiempo, que duraba casi el año entero, este escenario del solaz infantil tenía el fondo variable de los cultivos; la huerta, tierra campá, siempre ufana y un celaje de esplendente luz marina. El próximo límite, era una acequia estrecha, una sangría de la “acequia mayor”, el canal que trae de lejos el agua dorada del Mijares. En las márgenes de aquella acequia se espesaba la menta olorosa y entre la espesura buscábamos los insectos para divertirnos haciéndolos pasar la cuerda floja y voltear en el trapecio; detrás de la acequia de agua fangosa y trenzada de su misma corriente, se abría la huerta. Verdor compacto de cáñamo -¡que soberbia manigua para escondernos cuando jugábamos a “justicias y ladrones”!-

Otras veces se criaba allí la mies alta, toda aterciopelada de espigas, entre las que buscábamos el tizón y nos pintábamos patillas y enormes bigotes. Después de la siega veíamos improvisar las eras, trillar, aventar... Alguna vez nos dejaban los hombres dar unas vueltas por la era montados sobre el trillo, de pie y agarrados de la cuerda tensa desde el carro, parecíamos aurigas antiguos. Otras veces veíamos a los hombres levantar armazones de cañas, en las que iban enredando los tallos erizados de púas de las habichuelas. Nuestro telón de fondo casi siempre era verde y azul.

En el invierno íbamos, si acaso, sólo a mediodía a nuestra explanada. Nos llegaba el humo difuso y acre de la gleba quemada; los labradores amontonaban la tierra sobre heces de caña y paja, les prendían fuego y limpiaban así su huerta de hormigas y tostaban a todo bicho viviente y destruían raíces y malas semillas.

Nuestras correrías se extendían hasta la acequia mayor, en el buen tiempo. Entonces se aventuraban algunos a nosotros a chapuzarse en el agua rubia y opaca en tanto que otros les guardaban la ropa y vigilaban la sorpresa del guarda. Y en viéndole venir, nos dispersábamos todos corriendo.

Aquel era nuestro campo de recreo, libres del enfado de la policía ciudadana, sin *policeros* ni alguaciles, nuestros sempiternos enemigos; lugar de esparcimiento, escuela de travesuras y malicias y teatro de la guerra a pedrada limpia que nos hacíamos en los días de arca los dos bandos beligerantes...

A todos se ofrecía, benigna, la explanada. Ella dejaba preparar las redes de los pajareros, cazadores de golondrinas. Veíamos como hincaban las estacas en la tierra, endurecida y calva por las pisadas nuestras; tendrían, de unas a otras, cordeles de esparto y paraban las compuertas de malla bien anudada; sujetaban en medio de ellas al infelices cimbel; ocultábanse los pajareros detrás de la acequia, tiraban de los cordeles cuando la bandada de golondrinas pasaba y muchas de ellas caían en las redes. El chico del pajarero había aprendido a despachar con ligereza a las menudas prisioneras; con el pulgar les aplastaba la cabecita, y las iba metiendo, entre estertores y aleteo, en unas hondas talegas. Pocas aves se

salvaban de la fiera matanza y éstas nos las vendían vivas y atadas por una patita a un bramante, para hacerlas volar, seguirlas y nunca perderlas. Al fin las soltábamos. La feroz cacería fue prohibida, años adelante. Recuerdo que la esposa del presidente de la Audiencia –una santa señora- venía algunas tardes a impedir la matanza. Compraba vivas las golondrinas y les daba libertad. Le horrorizaba el pensar en el hambre de las crías esperando inútilmente la llegada de los padres con la ración de moscas y mosquitos en el pico... El pajareo tomaba los dineros, escuchaba sonriendo socarronamente el sermón de la dulce dama... y seguía cazando golondrinas. El iba a su negocio, vendía las plumas para llenar almohadas.

De los derribos llagaban carros cargados de escombros. Los vertían en el antiguo foso y así lo iban llenando. Otros iban a buscar allí cantos rodados de las que fueron paredes par nuevas edificaciones... A nosotros nos bastaba con los rotos ladrillos y las pencas de yeso. Para las obras vecinas a la explanada, los albañiles embalsaban en agua las piedras blanquecinas de la cal viva. Hervía la balsa y todos sabíamos que era un grave peligro caer allí dentro. Cuando la cal estaba hecha, íbamos a hurtar de ella para construir nuestros pequeños palacios; y no sabíamos que vándalos enemigos de la bella arquitectura, nos derruía siempre lo edificado.

A la explanada acudía todo aquél que tenía enemigo a quien dirimir una querrela por la expedita vía de los razonamientos contundentes. Y nosotros lo presenciábamos todo y nadie parecía darse cuenta de que todo se hacía delante de aquella banda de chiquillos.

2.

Desafíos

Manihuel, el oficial del maestro tonelero, se había desafiado con otro del oficio, Quedaron en verse las caras en la explanada, allá después del trabajo, anochecido. Lo supo uno de los nuestros y vino con el cuento como trayéndonos un tesoro de curiosidad y miedo. No acertamos a jugar aquella tarde, esperando ver la pelea. Mirábamos hacia el obrador del tonelero y veíamos a Manihuel golpear en los aros de fleje. De vez en vez asomaba a la puerta del obrador, oteando si parecía por la explanada su mortal enemigo, Nos imaginábamos una contienda como de gigantes: Goliat contra Goliat, porque Manihuel y el otro eran grandes mocetones. Como Manihuel nos daba aros viejos para nuestras carreras de cinta, todos estábamos de su parte. Y esperábamos...

Al anochecer vimos que llegaba el enemigo, por detrás del fielato; caminaba sin prisa, como con desdén por la pelea, Manihuel lo vió y fue a su encuentro. No sé quien de nosotros le había dado aviso al maestro tonelero de lo que iba a ocurrir y éste salió arremangándose la camisa limpia que se mudaba después de la jornada y se quedó apoyado en el quicial de su obrador, como si no supiera nada.

Los desafiados, cuando se hallaron a escasa distancia uno del otro, descinjéronse los cinturones de correa, que iban a ser sus armas de combate. A respetable distancia les hicimos corro.

No comenzó la pelea tan aína, sino que hubo un prelude dialogado, amenazas, insultos, para enardecerse lo bastante. El uno estaba pálido y rojo el otro, pero ninguno de los dos era el primero en el ataque. Dieron un paso atrás y volteaban las correas sobre sus cabezas, prontos a descargarlas y crujir sobre la cara de uno y otro, pero no sé quién de nuestro ruedo gritó:

-¡Un policero! ¡Por allí viene!

Fue como de magia de teatro la desbandada. Los desafiados se fueron, cada uno por su lado. Manihuel volvió al obrador, a cuya puerta estaba el maestro, orondo y fresco, luciendo su camisa limpia y ni pareció darse cuenta de la llegada del oficial; miraba a otro lado y bostezó con melodioso y largo bostezo, golpeándose la boca con la palma de la mano.

Otra tarde nos llegaron del fielato voces y gritos tremendos. Fuimos allá. El inspector de la ronda, jefe cascarrabias, reprendía, iracundo a uno de los consumidores no sé qué falta del servicio. Rojo, irritado como un pavo de Navidad, lleno de celo administrativo, amenazaba con fulminante cesantía al negligente. Este gustaba de pescar anguilas en aquella acequia que pasaba lamiendo los cimientos de lo que pudo haber sido gloriosa muralla. Alguna vez nos pedía que le buscáramos lombrices en el fango de las umbrías, su cebo de pesca. También tenía un mirlo enjaulado, al que le enseñaba con una flauta a silbar la marcha real; y le había pegado a la testa una crestilla de gallo, hecha de paño rojo de pantalones de soldado.

El pescador de anguilas no era, no, un empleado de consumos muy perspicaz. A los gritos del de la ronda se puso todo blanco y convulso. Le salían voces fallidas y con ellas juraba que había que matar de dos tiros al inspector; el cual, sin dejar de proferir sus amenazas y defender la pureza del arbitrio y la disciplina, se fue alejando. Daba ritmo a sus razones con su sombrilla de dril con forro verde. Y debió de cumplir su amenaza porque el consumidor-pescador-músico se quedó cesante.

Una tarde, acaso por descuido, coincidieron los dos en la explanada. Acudimos todos en espera de presenciar el crimen, pues que sabíamos que el despedido juró por lo más sagrado matar al inspector. Les vimos irse uno para el otro: También hubo largas y espaciosas

razones. La mujer del cesante, que le andaba espiando temerosa de una mala hora de su marido, comenzó a chillar:

-¡Que se matan! ¡Socorro!

Estremeci6se el aire de la tarde con agudo gritar. Advertido de la presunta pendencia, el maestro tonelero, fuese con desdeñosa calma hacia lo que no vale la pena de llamar liza. Mordisqueaba una astilla de oloroso roble d sus toneles

El consumero empuñaba, todo tembloroso, un pistol6n arcaico. El inspector blandía su parasol, que se abrió, con susto de su contrario. Desde lo alto de su jerarquía tronaba como un dios irritado. Y chillaba la mujer, temiendo el disparo mortal

-Calla, mujer, no grites- aconsejaba el prudente maestro con calma de incrédulo, mientras que se iba acercando a los pendencieros.

-¡Corra, que se matan!

-¡Y que se han de matar...!

Y con eso llegó a donde estaban los otros frente a frente. Se palpó con ambas manos la faja de negra lana que le sostenía la oronda y bien criada barriga y la zarandeó amorosamente.

-¿Que es esto anguilero? ¿Pistola y todo?

-¡Déjame, Nasio -cloqueaba el del pistol6n- ¡Déjame, que lo abraso!

-Y ¡qué vas tú a abrasar! Anda, dame eso, que no es para criaturas

-Déjale, Nasio; a ver si tiene riñones para disparar, clamaba el jefe.

Calla tú también y cierra esa sombrilla, no vayas a saltarme un ojo. ¡Hala, hala, par de mequetrefes!

Y los separaba. Se hizo con el pistol6n y qued6se con él. La mujer se abrazaba a su marido, gozosa de haberle librado de cometer un crimen y lloraba todavía a gritos. Se lo llevó de allí arrastrándole casi y el presunto matador toda vía juraba que había de matar al que le había quitado el pan de sus hijos.

El jefe argüía, atronaba el aire del crepúsculo con sus razones, en tanto que el maestro tonelero examinaba la pistola.

-Calla, hombre, calla; cállate ya de una vez. ¿No ves que está descargada?

No importaba; el hecho era el mismo y la intención de agredir, manifiesta. De allí se iba derecho al juzgado a denunciar al criminal.

Pero no fue, porque el maestro tonelero, volteando en el aire el pistol6n como un palitroque, se llevó al iracundo jefe del brazo y lo metió con él en la taberna de la esquina. ...Nunca pasaba nada...

Este otro desafío no lo vimos, porque tuvo lugar al estilo de los dramas de aquél tiempo y de las novelas, a la madrugada. Pero supimos de él porque se lo oímos comentar a los del fielato, que sí lo vieron. Todo el mundo lo supo.

Los caballeros se disputaban a una linda señorita. Después de las bofetadas de ritual, quedaron desafiados y se enviaron los padrinos. Quedó concertado el lance en condiciones serias: a muerte, a pistola, a quince pasos... Llegaron antes del alba, con sigilo a nuestra explanad. Cuando los pusieron frente a frente no se atrevían a mirarse. Y daba el juez de campotas palmadas y se apuntaban a los pechos las pistolas, cuando uno de ellos arrojó el arma al suelo y se puso a llorar con convulsiva congoja. Poco duró el asombro de su adversario, pues también soltó el trapo como desconsolada Magdalena. Pero uno de lo

padrinos estaba empeñado en que a lo menos se cruzasen unos disparos. No pudo ser. Los enemigos se habían abrazado con señales de estimarse más como amigos de lo que como adversarios pensaban odiarse. Los dos renunciaron solemnemente a la mano de la dama. Este fue un desafío que aun sin disparos, sonó mucho en aquellos días.

Por fin pudimos ver una tarde un desafío de veras. Pero no fueron hombres los que esta vez se pusieron frente a frente, sino perros de presa.

Lo supimos con tiempo para no faltar a la pelea: el afilador y un carbonero tenían sendos perros feroces, a cual más reñidor y temible. Disputaban sus amos, tiempo hacía -que si el mío, que si el tuyo-... y decidieron ponerlos a prueba. Esto lo vimos bien y toda la pelea entera. Hecho el ruedo de espectadores, a un lado el afilador y a otro el carbonero, retenían a los perro, que ladraban furibundos, odiándose supuesto que adivinaban las intenciones de sus amos. Quitáronles las carlancas, azuzáronlos y al fin les dieron suelta a los dos a un tiempo. Como trombas se fueron el uno contra el otro e hicieron presa donde primero se ofreció. Cada uno de los amos animaba a su perro y nosotros mirábamos la lucha ferocísima con ojos asustados.

Gruñían los canes, roncós de ira. Aseguraban la mordida y si soltaban era solo para morder mejor. Manábales la sangre y el corro se ensanchó para evitar las salpicaduras. Apenas se movían los perro de su sitio y a veces más parecían acariciarse que luchar. Sus amos y algunos espectadores iban comentando la lucha. Ellos sabían, entendidos en materia, cual de los dos canes era el más fuerte, más poderosa y tenaz su presa, más sostenido su valor...

-¿Estás conforme en que le gana el mío?- decía el afilador al carbonero. Pero éste no cedía. Esperaba que su can acabaría por dar cuenta de su contrario.

Casi agotadas sus fuerzas, los dos perros, sin moverse apenas, tensos los poderosos músculos, seguían sosteniéndose todavía, valientes los dos como héroes homéricos. Su propia sangre los cegaba, pero no soltaban la presa.

-DI- repetía el afilador: -¿le das por vencido?

-Cuando lo vea- se obstinaba el carbonero.

Y todos veíamos como su can empezaba a flaquear, revolviendo los ojos, como buscando una salida. Y su dueño no cedía. El can se distraía, se cansaba. Por el aquel del amor propio -pensábamos- será capaz de dejar que lo maten.

El perro del afilador, en un descuido de su contrario, hizo presa en su cuello. El mordido dio un ladrido y le temblaron las patas traseras. Fue revolcado

-Vamos, hombre. ¿A que esperas?

Comenzó el corro a maldecir del obcecado carbonero. La pobre bestia vencida despertó la conmiseración de los espectadores. Pero, no, no cedía su amo, como si prefiriera perder el can a darse él por vencido. Si el afilador no acude a separar a los reñidores acabara aquello muy mal para el perdidoso. Y todos nos pusimos al lado del vencido y odiamos a su dueño.

3.

Ópera italiana

Una tarde vimos como el avisador y el conserje del Teatro Nuevo, sacaban a la explanada grandes rollos de alfombras. Las desenrollaron sobre el césped aquel con calvas de nuestras

pisadas y se pusieron a vapulearlas con sendas varas. A cada varapalo levantaban densas nubes de polvo. Acudió el chico del conserje –aquel que nos regalaba tacos de entradas vendidas y en su sonrisa adivinamos próximos y felices acontecimientos.

Nos informó de todo: estaban a llegar de un día a otro los de la compañía de Opera. Una compañía italiana. El padre de él y el avisador, con más unas cuantas mujeres, sacudían el polvo del teatro, cerrado u mudo durante los meses del verano.

A las pocas tardes, pegándonos a las puertas traseras del Teatro. Oíamos a la orquesta ensayar las óperas. Ya se anunciaban las funciones en unos grandes prospectos de colores variados. Se anticipó unos días a los cantantes el maestro director, para enseñarles la música nueva a los de la orquesta. Quisimos ver los ensayos y nuestro introductor nos llevó adentro, haciéndonos pasar por oscuros corredores y nos instaló en un palco. Vimos al maestro, en mangas de camisa, sacudir su negra melena al compás de los brazos. Algunas veces, golpeaba repetidamente en el atril con su palito y paraban unos de soplar, otros de rascar y volvían atrás una y otra vez, tocando siempre lo mismo. Al decir de nuestro guía y mentor, “aquello iba bastante regularcillo”. Como él se había criado en el Teatro, entendía mucho de aquellas cosas.

Llegó por fin, la compañía y vimos ensayar “Lucrecia Borgia”, “La sonámbula”, “Fausto”, “La favorita”, “Lucía de Lamermoor”...

Nuestra explanada, en las tardes aquellas de otoño era ganada toda por los italianos. Jugaban en ella a la pelota como no lo habíamos visto nunca. Nosotros habíamos ido alguna vez al trinquete, pero el juego del país era muy otra cosa. Nuestros jugadores se calzaban un guante de cuero o cosa tal para defender su palma de la dureza de piedra de la pelota. El chasquido se oía de una parte a otra del trinquete y pasaba la pelota zumbando como una bala de plomo. Pero aquellos italianos jugaban de otro modo: se disponían los dos bandos uno frente a otro y se enviaban la pelota golpeándola con unas como panderetas, aros con círculos de piel tensa. Vociferaban, disputaban y no les entendíamos ni una sola palabra. Observaban actitudes hermosas, estatuarias. Cuando, años adelante leí, en el Viaje a Italia, de Goethe, que él vio un juego semejante y cuando yo mismo vi en Arezzo un partido como aquellos, recordé a los italianos de mi infancia.

4.

Il cavaglieri **Mannetti**

En otra ocasión, la explanada se iluminó con la esperanza de un nuevo espectáculo teatral. Sentados a las márgenes de hierbabuena de la acequia, el chico del Teatro Nuevo nos lo anunció: iba a llegar un gran artista, prestimano, ventrílocuo, transformista, “el mejor discípulo del renombrado Frégoli”.

Este no vino nunca por allí pero nuestro amigo lo vio una vez en Valencia y otra en Barcelona. El que ahora iba allegar se llamaba Césare Mannetti, así con dos enes y dos tes. También fuimos a verlo. Y todos quisimos ser transformistas.

Supimos que *Il cavaglieri* Mannetti estaba casado y que traía consigo a su mujer y a tres chicos pequeños. La señora los llevaba a esparcirse a nuestra explanada. Jugábamos con sus hijos y nos reíamos con su media lengua entre italiana, francesa y española –su mamá era francesa- ¡Que niños tan lindos! ¿Serían ya ellos ventrílocuos, como su padre? ¿Tendrían ya, como él aquella ligereza para cambiar de frac? Y ¡Cuántos fraques tenía *Il cavaglieri* Mannetti! Lo menos una docena. Y de todos los colores. Todos de raso de seda. Cuando caía el telón, y lo levantaban otra vez para que el artista saludara al público, se presentaba cada vez con otro frac.

El sólo era toda su compañía. Comedias enteras con canto y baile y todo él solo. Estábamos hechizados de admiración y de entusiasmo.

Pero ¡ay!, pronto agotó su repertorio. Y no se marchaba. Acabadas las funciones de abono, solía venir él también a nuestra explanada, con su mujer y sus hijos. Los semblantes de los Mannetti languidecían visiblemente. Nos aclaró todo el chico del conserje: ¿No sabíamos? El *signore* Mannetti no tenía ninguna contrata nueva. Y tampoco tenía dinero para pagar al fondista. No podía marcharse ni sabía adonde ir ni que hacer.

Supimos que el fondista estaba preocupado con aquella pobre familia que no podía pagarle el hospedaje. Ciertamente *Il cavaglieri* le daba esperanzas, ya que no podía darle otra cosa y aunque no las tuviera él.

Para aminorarle al infeliz artista sus amargores, el de la fonda celebraba su arte de fingir diferentes voces, sus graciosas comedias, sus hábiles escamoteos: y aún se hacía explicar la trampa de sus lindos juegos de manos. El artista accedía a todo, bondadoso y complaciente... La confianza engendra más confianza, así como cada ser a su semejante y poco a poco se fue trocando el comedor de la fonda en sala de espectáculos en donde César Mannetti condescendía a lucir sus habilidades ante la familia del fondista y los amigos que éste convidaba a las fusiones privadas. El bueno del fondista en el momento de los escamoteos reía y cuchicheaba con sus convidados, explicándoles el truco, rasgando el velo de la ilusión... I le iba pidiendo el caballero más y más trabajos de su vasto repertorio. El italiano se ponía sus buenas ropas de las funciones, sus fraques de seda de colores y en todos los ojales llevaba una cruz de Malta... acabada la función casera, se marchaba aquella gente y los más se acordaban de decirle adiós al artista, que se mordía los labios por no echarse a llorar, compadecido de su propia desventura.

Madame Mannetti no asistía nunca a las tristezas de su marido. Se pasaba el día llorando en su cuarto con los niños. Tampoco el egregio *professore* Mannetti estaba para fiestas, pero ¿Qué remedio? *Il padrone* lo pedía y él no podía pagarle de otro modo...

Todos lo comentábamos en la explanada, aun delante de los hijos del artista, ya que iban entendiendo el habla nuestra.

Supimos que Madame Mannetti había dado a luz al cuarto niño. El discípulo del gran Fregoli sonreía a todos, melancólicamente cuando le daban la enhorabuena. Y ved como es verdad que los hijos ayudan a los padres y les traen un pan bajo el brazo: el pequeño trajo fortuna a la familia Mannetti: Llovió como del mismo cielo una contrata y a los pocos días se marcharon con el voluminoso equipaje de transformista, caminito de Barcelona. Tuvimos pena nosotros de que se fueran, pero los Mannetti, llorando y riendo, se marcharon sin deber nada a nadie y contentos de salir de su pasajero cautiverio.

5.

Domingo de Ramos

Nunca queríamos palma rizada, ni aquellas otras planchadas que tienen color tierno de cogollo de escarola. Queríamos palma grande y verde y ello tenía su por que. Lo sabían nuestras madres y consentían en que nos comprásemos palma verde, pero no nos dejaban llevarlas a bendecir, conociendo el destino que les reservábamos.

Los palmerales de Elche enviaban sus maravillas. Venían las palmas finas y lisas; las otras cortas y complicadamente trenzadas y rizadas. Las más ostentosas eran siempre las que el cabildo parroquial y los concejales lucían en las procesiones de Semana Santa.

Nosotros sabíamos bien lo que teníamos que hacer con aquellas palmas verdes del Domingo de Ramos. Grandes, robustas, con su tocón ancho que sonaba contra las baldosas como un lejano cañonazo. Las llevábamos enhiestas entre los improvisados palmeros, en la conmemoración matinal de la entrada de Jesús en Jerusalén; pero llegada la tarde acudíamos todos a la explanada con nuestras palmas y allí las deshojábamos con impaciencia. Era su destino.

Del vástago mondo hacíamos nuestro belicoso armamento: un fusil que se nos antojaba tamaño como una espingarda marroquí -como aquellas que llevaban los moros que en el "Titirimundi" veíamos matando al general Margall- Y todavía sobraba para una espada, con su cruz y todo y para una afilada bayoneta. Un asa en el cordel que atábamos a la cintura, hacía de tahalí. Sujetábamos con un bramante la bayoneta al fusil y éramos soldados de África, de Cuba, de Filipinas...

Pasábamos guerreando la tarde del domingo de ramos. Nuestro designio era ese: trocar los símbolos de bienllegada y de paz en armas de guerra. No sabíamos nosotros que estábamos haciendo igual que tantos sesudos varones, jugando -nosotros y ellos- unos a soldados y otros a celadores de la paz del mundo.

Quimeras.

6.

Sábado de Gloria

La Semana Santa transcurría como una tregua, un armisticio esperanzado de promesas bélicas. Nos llegaba la calma angustiada de Jueves y de Viernes. Este se pasaba en un hondo silencio. Hasta el aire parecía recogerse, atónito y pío, a la sombra de las iglesias. Enmudecían las campanas y despertaba la osamenta de siglos de la carraca, allá en la alta torre dorada de soles añejos...

Veíamos pasar a las mujeres, encapuchadas con sus mantellinas de tafetán lustroso. Ponían semblante compungido y se daban aire mansamente con sus grandes abanicos negros. Pasaba algún niño disfrazado de veste, sin la coraza puntiaguda de los cofrades grandes con la cola del hábito, larguísima, replegada sobre el antebrazo. El barbero les había puesto la cabeza toda atormentada de rizos de tenacilla y sus mamás los acompañaban a casa del fotógrafo, tan ufanas. Eran los niños que en las procesiones del Jueves llevaban las banderolas, los pendones morados, enhiestos, y en las del Viernes los arrastraban por el polvo de las calles. Todos envidiábamos a aquellos niños y también padecíamos la angustia de sus collarines almidonados. ¡Pero en las procesiones iban solos, en medio de la noble fila de cirios y hachones, con sus banderas!

Esperábamos el Sábado de Gloria y la hora ruidosa de la Resurrección del Señor. Reaparecían entonces las armas de palma y salían a la luz las mazas de madera. Aguardábamos, impacientes, las diez de la mañana. Con tiempo sobrado llegábamos a la explanada. Y apenas el primer tintineo de la campana sonaba en al torre, iniciábamos al ruidosa ofensiva.

La puerta del Teatro Nuevo recibía los primeros mazazos, con fragor de trueno que resonaba allá dentro en el escenario vacío. Sonaban cerca y lejos disparos de escopetas, en los terrados de la villa. Vigilaban las vecinas sus puertas defendiéndolas de mazas y culatas de fusil de palma. Pero siempre quedaba alguna donde repiquetear nosotros, celebrando la resurrección.

Vimos salir de la explanada al maestro tonelero, empuñando aquel pistolón arcaico que tomó de las manos del consumero que quiso matar al de la ronda. Lo había cargado a conciencia. Se reía ya, pensando en el estruendo del disparo. Trueno y llamarada de espanto. Dióle al maestro en el rostro, reventando y le cegó los ojos. Le vimos arrojar lo que había quedado en su mano del pistolón y llevarse las dos manos a los ojos, que le manaban sangre. Acudieron vecinos que le guiaron a su obrador. Después de aquello le mirábamos siempre que salía acompañado de su hija mozuela, a pasear por la explanada, en la paz de la tarde

Perdió los ojos, pero no su tranquilo humor ni su tosca ironía de menestral. Palpaba su faena y fue el mismo, sin ojos.

7.

El reo de muerte

En poco tiempo conocimos cuatro reos de muerte. Bien que de entonces acá no se ajustició a nadie. El primero fue aquel a quien llamaban Rôch, uno que mató a su madre y se cebó en su cadáver, porque la pobre mujer le negó una peseta. Le ajusticiaron en su pueblo –no era de la

villa- y acudió a verlo mucha gente. A los otros dos siguientes les alcanzó la orden de ajusticiar dentro de la cárcel. Eran los primeros que en el reino disfrutaron de tal reforma. Eran un pastor y una mujer que asesinaron mientras dormía al marido de ésta; se contaban horrores. También fue mucha gente a verlos aunque nadie vio nada. No comprendían porque se les privaba de un espectáculo tan edificante.

Pero el que a la sazón estaba en capilla, el cuarto y último reo de muerte que conocimos, era un zapatero que mató a la *esposa infiel*. Era bienquerido de sus vecinos y ninguno se explicaba aquél arrebató de ira de vengador de su honra. Ingenuamente quiso él justificarse ante sus jueces: era un poco leído y arguyó con citas calderonianas. Alguno llegó a pensar que se mofaba de la Justicia. Todavía insistió él en su tesis exponiendo la solución honrosa de “Mariana”, de don José Echegaray y de tantos dramas celebrados a cuyo final el respetable público aplaudía al esposo vengador. Y sólo conseguía empeorar su ya triste situación. Le condenaron a muerte en garrote vil. Nadie quería creerlo, pero era así. Entro el capilla un domingo par ser ajusticiado al siguiente día. Uno de los nuestros, cuyo padre era escribiente de la Audiencia, nos dijo que ya había llegado el verdugo de Burgos y que había traído en un maletín el aparato de muerte; él lo había visto.

Aquella tarde de domingo estábamos en la explanada comentando el caso, sin ganas de jugar. Queríamos imaginarnos al pobre reo, esperando la hora de la tremenda justicia. La villa toda callaba sumida en congoja, como en tarde de Viernes Santo...

...Oímos un tiro. Y otro más... De pronto vimos a un hombre que venía corriendo hacia nosotros, atravesando la explanada. Su cara –no se me olvidará– como de cera vieja, hundidos y vidriosos los ojos, débiles las piernas que apenas si podían correr. Pasó entre nuestro corro sin vernos. Iba en derechura hacia la huerta; saltó la acequia y se sumió en la espesura verde y alta del cáñamo.

Vimos luego soldados que le seguían a alguna distancia, disparando al aire sus fusiles de ¡alto!, ¡alto! Los soldados se metieron en el verdor compacto y bien pronto dieron con el fugitivo. La emoción de verse en libertad y preso de nuevo, todo en pocos minutos le acabó las fuerzas y se dejaba arrastrar a su encierro por los soldados de la guardia, tan pálidos como él. Acudió gente; y decían algunos:

-¡Soltadle!

Las mujeres lloraban. Los de la guardia cumplían con su deber, tal vez contrariados del poco correr de aquel infeliz...

Y se movieron entonces todas las personas influyentes: gente de pro, comisiones, entidades... todos pedían el indulto. Y don Práxedes Mateo Sagasta, presidente del consejo de ministros, aconsejó a la regente piedad para el reo; la señora ejerciera con mayor contento la dulce prerrogativa si, como nosotros, hubiera visto escapar al reo de muerte con ansia de vivir.

VIII. EL PIRATA

I.

El primero de nosotros que abandonó la explanada, sintiéndose superior a nuestros pueriles esparcimientos, fue Jesús. Único hijo de labradores acomodados, único tal vez para su desgracia y la de sus padres, no quiso ocuparse ni tan sólo en conocer las faenas agrícolas y prepararse así a administrar su dilatada hacienda. Tampoco quiso estudiar, ni nada. Su padre estaba apesadumbrado con él porque no sería nunca hombre de provecho; así decía y bien se le conocía decir verdad.

Cojeaba levemente, acaso porque él hacía por disimularlo, presumidillo. Una caída le dejó así, con una pierna un poquito más corta que la otra.

Su madre debió de ser muy bella. Rubia, la piel fresca, fina y rosada como la de una niña; los ojos grandes y claros, un tantico pasmados. La veíamos siempre en el zaguán de su casa, sentada en un amplio frailer, un pañuelo en la mano, oxeándose las moscas pertinaces de los portales con sol. Vivía tullidita, quieta, benigna y su dulce mirada parecía advertir lejanos peligros de los que nadie sabía. Llevábanle allí y de allí la retiraban las criadas.

El padre de Jesús iba continuo por el campo, ordenando las faenas de sus jornaleros: Como sus fincas estaban distanciadas unas de otras, solía visitarlas a diario en una linda tartana. Se convidaba a comer aquí y allá, con sus peones, previniendo a los ágapes frugales con buena maña y campechanía de labrador de casta.

Era bueno, callado, modesto y dadivoso. Todos le querían.

Pusiéronle al chico Jesús porque su madre era muy devota del Sagrado Corazón. En aquella casa –que al decir de las gentes guardaba pingües puñados de peluconas en orzas y peroles– veíamos plaquetas, estampas y hasta calendarios con la santa imagen y debajo, la promesa: reinaré.

El abuelo materno de Jesús fue coronel carlista. Nuestro amigo nos refería con entusiasmo las correrías de su abuelo por tierras del norte y una tarde trajo a la explanada, a hurtadillas, dos hermosas pistolas y la boina del bravo coronel, tamaña como una torta de migas dulces de la hornada, con su largo borlón de oro. Y aquella tarde fue él nuestro general en la batalla y quiso que le matásemos para hacerse admirar su arte y caer muerto. Cayó varias veces, de maneras diferentes, siempre con estudiada teatralidad y le retirábamos del campo llevándolo al hospital de campaña: un claro entre los echadizos de cascote de la muralla...

Jesús dejó de acudir a nuestros juegos. Prefería pasarse las horas en su casa, leyendo gruesos novelones con láminas grabadas en acero y al boj, Nos había entretenido muchas veces contándonos dramáticas historias aprendida en sus lecturas y no se daba mala traza para contarlas. Un día nos descubrió su secreto afán: quería ser pirata.

Soñaba con una vida antigua y libérrima, de barcos con las velas redondas de aire de mar, fusiles de chispa, yataganes con filo de navaja barbera, abordajes a las naves de la Marina real, siendo él capitán de corsarios turcos o berberiscos. Tan luego como le sombreó en el rostro la pelusa de la pubertad –y fue precoz– el barbero le quitaba aquellas sombras de temprana hombría y le dejaba a cada vez un poquito más largas las patillas. Y ya no se juntaba con nosotros.

II.

Pasados unos años, cuando ya salidos de la escuela nos dispersamos, cada uno a sus estudios, a su oficio, y sólo alguna vez nos reuníamos; todavía sentíamos la querencia de nuestra explanada.

Ya no nos parecía la misma, la nuestra. Otros chicos jugaban allí como nosotros antes; pero bien veíamos que nos la ganaban e invadían poco a poco los hombres. Nos la quitaban los industriales nuevos, los fabricantes, que eran una insospechada novedad en nuestra tierra. Los ruidos de hierro de las maquinarias quebraban la paz de las tardes de la explanada. Aquellas tardes de nuestra niñez habían sido más nuestras que éstas de ahora –sentíamos- en la transformación febril del escenario de nuestros juegos infantiles. Y en los de antes cielos de golondrinas volaban chirridos agrios y se exhalaba el olor rancio del aceite...

La sombra de las fábricas de lencería, de géneros de punto, se enturbiaba de conceptos nuevos, de palabras flamantes: reivindicaciones, proletariado, las ocho horas, emancipación, socialismo... como en la balada del poeta Heine las nuevas máquinas tejían, allá dentro “las organizaciones obreras del porvenir”. Pero todavía cantaba allí el agua dorada de la acequia y nuestras manos despertaban el eterno olor de la hierbabuena y la brisa nos besaba las frentes como una madre que nos veía siempre niños, arribando el mar por encima de los brotes frescos del cáñamo.

Jesús ya no acudía a nuestras reuniones: Iba siempre solo. A lo dieciséis años ya le azuleaba la barba y le caían las patillas como dos algarrobitas maduras. Disimulaba aun mejor su cojera, trocada en gracioso contoneo. Uno de los nuestros observó que tenía un no sé que de Lord Byron.

-¿De quién?

-De nadie. De un poeta inglés que también renqueaba y que también hubiera querido ser pirata.

¿Se le habrían ya borrado a nuestro amigo aquellos antojos de infancia? No, no era todavía pirata. Ni era nada, ni lo sería nunca, como había temido su padre. Sólo era un paseante solitario. Vestía a lo señorito y le veíamos, alguna vez, en una tienda de vinos de los cuatro Cantones. Alguien le vio apurar, de un golpe, una copa de aguardiente... Otro de los nuestros se había dado también al alcohol. Le notábamos transformarse en un ser desconocido; se iba mustiando y secando, enrojecida al punta de la nariz, sueltos y ralos los pelos como si le quisieran huir de la mala cabeza; descuidado en el vestir y cínico en las costumbres. Pero Jesús resistía bien la lenta mordedura del alcohol, el terrible enemigo, halagüeño y falaz. Supimos que hacía escapadas a Valencia y a Barcelona y de vuelta recalaba por la tienda de vinos. Pero a nadie decía nada de sus escapatorias.

Y nos daba lástima de sus padres; sobre todo de su madre, a quién veíamos aun baldadita, a la puerta de su casa, oxeándose las moscas con su pañuelo y que nos miraba al pasar con sus ojos grandes, dulces y muy abiertos...

III.

Uno de los nuestros trajo la noticia. A Jesús le encontraron ahogado una mañana, en la arena de la playa, unos carabineros. Fue así:

Le habían visto, dos días antes, que comía en un merendero de la Marina, con una mujer. Salieron de allí tan amartelados el chupaba un puro negro y gordo. Ella ceñíase al talle un mantoncillo blanco de punto con largo fleco y se cubría la linda cabeza con un pañuelo de

seda que el peinado levantaba sobre la frente; muy petenera. Pasearon por el muelle y Jesús estuvo hablando con un pescador. Querían dar unas vueltas por el puerto, en un bote. El barquero arrimó el suyo a las escaleras del muelle; saltaron a bordo y se puso el marinero a remar, contento con su ganancia.

Les vieron salir del puerto. Pero lo que sigue se supo por la mujer. Jesús quiso salir en la tarde de estío hacia las aguas azules –decía ella- alcanzar el horizonte... el barquero se sonrió con suficiencia: allá a lo azul no se llega nunca. Por mucho que boguemos, siempre estará aun lejos.

-No importa; afuera, afuera – se obstinaba Jesús.

-Pero...¿a donde?

-Siempre avante, afuera

Al cabo protestó el de la barca:

-Yo no sigo. ¿Hasta cuando ese loco remar?

-Pues habrás de seguir, aquí mando yo. Si quieres, dame los remos.

Conoció al marinero; sabía de sus caprichos de rico; tal vez esperaba ser mejor recompensado. Y se avino a cederle los remos.

Quedóse Jesús en mangas de camisa y se sentó a remar con furioso entusiasmo, enardecido por el afán de ser pirata.

Oscurecía ya y el marinero no pudo refrenar más su inquietud.

El no estaba para pasarse la noche en alta mar, a la ventura.

-¡Quiero arribar a Argel!- gritó Jesús

Torció el gesto con sorna el amo del bote. ¿A Argel? ¿En bote? Sin provisiones? Bah, estaba loco.

-¡Avante!- voceó el pirata

¡A tierra!- bramó fuera de sí el barquero y como llevaba el timón, viró en redondo. Jesús se puso en pié, mirando al marinero con ira. Si hubiera sido ahora comiere de galera le cruzara la jeta de un latigazo. Pero el pescador no le temía. Fue a quitarle los remos de las manos. Jesús saltó al timón y volvió el bote mar afuera. La mujer temblaba de pavor: buscaban sus ojos en el ocaso del mar una vela... ¡Nada! Una infinita planicie en calma y en silencio...

El marinero, viendo que tornaban a alejarse, pensó acaso en desmontar el timón y dirigirse a tierra sólo con los remos. Fuese a popa, tal vez con ese intento. Jesús pensó otra cosa y le dio al hombre un empujón que le hizo dar de espaldas contra la borda. Se enderezó rápido y se llevaba ya las manos a la cintura requiriendo la faca, cuando más rápido Jesús desenvainando un puñalito, se lo clavó al marinero en el pecho. La mujer le vió abrir mucho los ojos y hacer como que tragaba mal bocado; y cató en el mar. Estremecida ella se puso a dar agudos gritos, que de nada podían servirle en aquella soledad. Jesús, sin inquietarse por su compañera de aventura, volvió a empuñar los remos y quiso escapar, con rumbo a la ansiada tierra berberisca. Todavía tuvo la mujer valor para buscar con los ojos al muerto, que flotaba desangrándose, sobre el manso oleaje. Jesús bogaba, bogaba, bogaba siempre, huyendo de la tierra.

IV.

Dormíase la luz del ocaso y se hundía allá lejos su halo verdoso. Las estrellas comenzaban a salir del seno azul profundo de la noche. Quiso el pirata orientarse por la polar, rumbo a su

soñado Argel. Imaginábase el infeliz poder llegar allá a remo, sin víveres, a la ventura. ¡Y sería al fin, pirata!

La mujer no acertaba a decir palabra, ni hubiera podido, temblando toda de terror. De vez en vez, Jesús aconfiaba un pie en la borda haciendo de sus palmas bocina, voceaba

-¡Ohé, ohé: ah de la fusta!

Comprendió la petenera que estaba allí, de noche, en alta mar, sola con un loco. El volvía a los remos y bogaba, bogaba, anhelante, resollando con fuerza, ya sin dirección. En uno de sus gestos de capitán corsario de pie en la proa, vaciló y cayó al agua. Chapoteó en la oscuridad... Quiso decir algo, pero se atragantaba de ondas salobres. Abalanzóse la mujer a la borda queriendo auxiliarlo... pero no pudo. Se le apartaba de la barca y no lo vio más. Y entonces se encontró sola a merced del azar, en medio de las aguas.

V.

¿Qué hacer? ... tomó los remos, pero se sintió sin fuerzas para remar. No podía y tampoco sabía...

Así pasó entera la noche, que se le antojaba interminable, temblando de frío y de pavor, sintiendo sobre su cabeza el enorme cielo todo salpicado de rutilantes estrellas.

Se arrebujó. Transida, en su mantón ligero. Sus manos dieron con la americana del pirata y se la echó sobre los hombros; pero ni aun así remediaba el frío

Sentía el manso golpear del oleaje en los costados de la barca. Pensó ver terribles bocas de monstruos del mar que amenazaban con tragársela y cerraba con horror los ojos. Y allá entre los repliegues del recuerdo halló unos retazos de oraciones y los fue hilvanado y remendando de los ultrajes del olvido. Veía desfilar su vida entera, saliendo de lo hondo de su conciencia como viejas prenda guardadas en el arca familiar...

Su fortaleza fue bastante para no desmayarse, aquella noche.

Y así amaneció y así fue levantándose el sol de estío y de mar, alegrando las aguas. Pero ella no pudo ver la sonrisa innumerable que cantó un poeta de Gracia. Caía la lumbre solar a plomo cuando al vieron unos pescadores que habían salido en busca de los que no veían regresar a puerto. Transbordó uno de ellos y amarró el bote a la popa de la barca de vela. Y ya en tierra, los carabineros al entregaron a los civiles.

A todos refirió lo mismo y todos la creían, pero la llevaron detenida y quedó en libertad al cabo de las averiguaciones de la Justicia. Dieron con los dos muertos: al marinero lo encontraron flotando y al otro día, las olas arrojaron a Jesús a la playa.

VI.

Uno de los nuestros, que era mudo, se atrevió a ir al depósito a ver a los muertos. Reconoció a Jesús por aquellas patillas como dos algarrobitas maduras, aunque nos daba a entender, estaba desfigurado. Con sus expresivas gesticulaciones de mudo nos describía el cadáver de nuestro amigo, con la nariz, los labios y las orejas todo roído por las peces...

En eso dieron al fin, -pensábamos nosotros- los sueños locos del que quiso ser pirata.